

# LA POESÍA BUCÓLICA EN ÉPOCA DE NERÓN: LECTURA VIRGILIANA, IDEOLOGÍA SENEQUIANA Y PROPAGANDA IMPERIAL

RESUMEN: El auge y las características de la poesía bucólica de época de Nerón se explican en este artículo como respuesta a la orientación que Séneca impone a sus autores desde el capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*: en él marca la pauta para que, por un lado, se produzca el renacimiento de una poesía bucólica que asuma la función propagandística adquirida en manos de Virgilio, y para que, por otro lado, esta nueva poesía bucólica tome como referencia ideal justamente la cuarta égloga virgiliana, que proporciona numerosos símbolos congruentes con la ideología absolutista y filohelena de la corte de Nerón. Esta historia –según el autor– viene contada por el propio Calpurnio Sículo: basta leer los versos IV 58-63 de sus églogas entendiendo que Yollas está por Séneca. La interpretación que se defiende para la bucólica neroniana obliga a creer que, en la lectura de Virgilio de aquellos años, el *puer* de la cuarta égloga era identificado con el propio Augusto.

SUMMARY: The prominence and the characteristics of bucolic poetry in Nero's time are explained as an answer to the pattern that Seneca imposes upon his authors in chapter fourth of his *Apocolocyntosis*: in this chapter, Seneca, points out a guideline first to bring about a renaissance of bucolic poetry assuming the propagandistic function that had acquired with Virgil, and secondly, Seneca suggests, this new bucolic poetry should take as an ideal reference the Virgilian fourth eclogue, which supplies a great number of symbols coinciding with the absolutist and filo-hellenistic ideology of Nero's Court. This story –according with the article's author– is narrated by Calpurnius Siculus himself: it is enough to read the lines IV 58-63 of his eclogues understanding that Yollas is in reality Seneca. This interpretation of the Neronian bucolic poetry compels us to believe that, in the reading of Virgil in those times, the *puer* of the fourth eclogue was identified with Augustus himself.

Durante la época de Nerón la poesía bucólica experimenta un auge insólito: si damos por buena la cronología admitida comúnmente encontramos que, en el espacio de diez o doce años, Calpurnio Sículo publica una colección de siete églogas, y dos autores anónimos –quizá uno– escriben sendas bucólicas. Lo llamativo del caso no es tanto –aun siéndolo en gran medida– este súbito renacimiento de un género poco fecundo en la literatura romana, sino más bien los motivos y símbolos que se repiten en los tres textos: en todos ellos se ensalza la figura del emperador, identificándolo con Apolo y haciendo de su reinado una nueva Edad de Oro y, fuera de esto, cada uno de sus versos delata unas mismas fuentes y una misma escuela. Trataré de probar que toda la poesía bucólica de época neroniana surge como respuesta a la llamada que hace Séneca en el capítulo cuarto de su *Apocolocyntosis*, donde, en su calidad de *factotum* cortesano,

marca la pauta para que, por un lado, se produzca un renacimiento de la poesía bucólica en su faceta de género ya orientado, al menos en parte, a acoger toda clase de *laudes principis*, y para que, por otro lado, esta nueva poesía bucólica tome como modelo ideal la égloga cuarta de Virgilio, que proporciona no pocos elementos congruentes con la ideología absolutista y filohelena de la corte de Nerón. Lo cual, a su vez, nos obligará a una lectura de los versos virgilianos en la que no quede más remedio que —entre otras cosas— sumarse a los que propugnan la identificación entre el *puer*—llave, en buena medida, de la égloga— y Augusto.

1. La llegada de Nerón al poder suscitó una expectación poco común, y quienes tenían en sus manos la política y la propaganda de la casa del emperador se dieron prisa en aprovecharlas y orientarlas. En efecto, antes incluso de la muerte de Claudio, Nerón gozaba de un favor popular que pocos de sus antecesores o sucesores experimentaron, y su pretensión al principado tuvo a un tiempo el beneplácito del ejército, de los provinciales y del senado. El emperador y sus consejeros buscaron una política con apariencia de consenso: por un lado, acaparaban prerrogativas —más o menos subrepticamente— en la figura del *princeps*, pero por otro cultivaban a la aristocracia y expresaban abiertamente —ya en el primer discurso de Nerón pronunciado ante el senado— su deseo de acabar de una vez con la confusión entre la administración privada de la casa imperial y el gobierno del Estado y, sobre todo, su voluntad de restituir al senado sus poderes judiciales<sup>1</sup>. En todo esto Nerón apelaba a Augusto como modelo de su política: ciertamente, también Claudio y Calígula lo habían hecho antes que él, pero con Nerón la figura intocable de Augusto se convirtió —en la propaganda oficial— en el término de referencia que marcaba la distancia entre su gobierno y el de Claudio<sup>2</sup>. Nada más ser proclamado emperador declaró que gobernaría «ex

<sup>1</sup> Tácito, Suetonio y —menos— Dión Casio presentan testimonios reiterados y, en general, unívocos respecto a todos los puntos mencionados. Uno de los más representativos del favor popular que suscitó Nerón desde niño se lee en Tac., *Ann.*, XI 11: durante los *Ludi saeculares* del año 47 d. C., es decir, cuando Nerón contaba con nueve años, «sedente Claudio circensibus ludis, cum pueri nobiles equis ludicrum Troiae inirent interque eos Britannicus imperatore genitus et L. Domitius adoptione mox in imperium et cognomentum Neronis adscitus, fauor plebis acrior in Domitium loco praesagii acceptus est. Vulgabaturque adfuisse infantiae eius dracones in modum custodum, fabulosa et externis miraculis adsimilata: nam ipse, háudquaquam sui detractor, unam omnino anguem in cubiculo uisam narrare solitus est». Por lo que hace a la historiografía moderna sobre la figura y la política de Nerón parto, esencialmente, de A. Momigliano, «Nero», en *The Cambridge Ancient History*, X. *The Augustan Empire*, 44 b. C. - a. D. 70, ed. S. A. Cook, F. E. Adcock, M. P. Charlesworth, Cambridge 1971 [1. ed. 1934], pp. 702-742; M. T. Griffin, *Nero. The end of a dynasty*, New Haven y Londres 1984; y E. Cizek, *La Roma di Nerone*, Milán 1986 [tr. it.; 1. ed. París 1982]; los documentos no propiamente literarios ilustrativos para la época y el personaje —fuente, en este caso al menos, fundamental— vienen exhaustivamente recogidos en E. M. Smallwood, *Documents illustrating the principates of Gaius, Claudius and*

*Nero*, Cambridge 1967; por lo que hace a la cronología, no sólo de las obras de la época de Nerón implicadas en lo que nos ocupa, sino también de los acontecimientos extraliterarios del momento y de las características de cada uno de ellos, asumo completamente A. Momigliano, «Literary chronology of the Neronian age», en Id., *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma 1984 [= CQ 38, 1944, pp. 96-100], pp. 454-461.

<sup>2</sup> También Calígula y Claudio, como digo, apelaron a la figura de Augusto, pero de un modo infinitamente menos insistente y sistemático —más superficialmente— que Nerón. Para el caso de Calígula tenemos casi sólo un pasaje de Dión Casio (LIX 3, 8) en el que, encomendándose a ellos, pide atención a su parentesco con Germánico y Augusto (ἐποιήσατο μὲν γὰρ καὶ λόγους ἐπ' αὐτῶ, ἀλλ' οὐτι γὰρ καὶ ἐκείνων οὕτως ἐπαινῶν ὡς τοῦ τε Αὐγούστου καὶ τοῦ Γερμανικοῦ τὸν δῆμον ἀναμνησκῶν καὶ ἑαυτὸν αὐτοῖς παρακατατιθέμενος) y, si se quiere interpretar como una referencia a la política augustea, unas manifestaciones del mismo año de la muerte de Tiberio en las que promete compartir su poder con el senado (también en Dión Casio, LIX 6, 1). De Claudio puede decirse lo mismo o quizá aún menos: Tácito, *Ann.*, XII 11, 1 cuenta que, en una comparecencia de ciertos legados partos ante el senado, «incipit orationem Caesar de fastigio Romano Parthorumque obsequiis, seque diuo Augusto adaequabat, petitum ab eo regem referens»; poco después de tomar el poder (según relata

Augusti praescripto» y ello, según es opinión de Suetonio (*Nero*, X 1), «ut certiore adhuc indolem ostenderet»; algunas monedas de la época acuñadas en Asia, Egipto y África —al igual que los protocolos de los *Fratres Aruales*— le dan el apelativo de νέος σεβαστός y *novus divus Augustus*; y una de las tribus alejandrinas reorganizadas en aquella época reflejaba esta misma pretensión adoptando el nombre de προπαπποσεβάστειος<sup>3</sup>. Cuando, ya en el año 68 d. C., volvió apresuradamente de Grecia arrastrado por su liberta Helios, hizo su entrada en Roma en el carro triunfal que el propio Augusto había utilizado, y el pueblo y «sobre todo los propios senadores», según nos cuenta Dion Casio (LXIII 20, 5), gritaban Ὀλυμπιακά οὐά, Πυθιακά οὐά, Αὐγουστε Αὐγουστε. Νέρωνι τῷ Ἡρακλεῖ, Νέρωνι τῷ Ἀπόλλωνι. ὡς εἰς περιοδικῆς, εἰς ἀπ' αἰῶνος, Αὐγουστε Αὐγουστε. Tampoco dejó de explotar su doble ascendencia Julia: en una época en la que se le daba extraordinaria importancia al parentesco con los fundadores del nuevo régimen —como lo recuerda Tácito, *Ann.*, XIII 1— el pueblo sólo quería ver en Nerón al nieto de Germánico y al tataranieta de Augusto, que lo era, como digo, por parte de su abuela Agripina y del propio Germánico<sup>4</sup>. Hasta le sirvió su corta edad —no tenía diecisiete años en octubre del 54 d. C.— para establecer otro aspecto más en común con el divino Augusto que resultaba, según leemos en las fuentes, especialmente simpático<sup>5</sup>. Imitó su proceder en detalles relativamente insignificantes, como cuando, al inicio de su reinado, rechazó el *aurum coronarium* que le ofrecían los griegos de Egipto, igual que lo había rechazado Augusto pero a diferencia de Claudio, que lo había aceptado. Desde los primeros días, en fin, quiso emular también el patronazgo literario y, en general, artístico que Augusto había establecido con tanto éxito en la primera época de su principado: no sólo los círculos literarios que se crean en torno a su persona o la de Séneca, sino también el uso de los juegos públicos como instrumento de patronazgo son una copia del modelo augústeo<sup>6</sup>.

Suetonio, *Claud.*, XI 3) tuvo algunos rasgos de piedad filial y «ius iurandum neque sanctius sibi neque crebrius instituit quam per Augustum»; y nada puede sacarse en este sentido —contra lo que se ha pretendido en ocasiones— de Flavio Josefo, *Ant. Iud.*, XIX 246.

<sup>3</sup> E. M. Smallwood, *Documents*, n.ºs 20-26 y E. Cizek, *La Roma di Nerone*, pp. 82-84. Se encontrarán más datos —preciosos— sobre todo esto en O. Montevicchi, «L'ascesa al trono di Nerone e le tribù alessandrine», en M. Sordi (ed.), *I canali della propaganda nel mondo antico*, Milán 1976 (*Contributi dell'Istituto di Storia Antica*, IV), pp. 200-219, y Ead., «Nerone e l'Egitto. Postille», en *Neronia 1974. Relazioni presentate al primo convegno della Società Internazionale des Études Néroniennes*, Nápoles 1975 (*PP* 160, 1975), pp. 48-58.

<sup>4</sup> En este sentido es significativa la anécdota transmitida por Tácito, *Ann.*, XII 41, según la cual Británico, el hijo de Claudio y Mesalina, respondiendo a un saludo de Nerón poco después de que éste fuera adoptado por Claudio, le llamó «Domicio», hecho que originó una vehemente protesta de Agripina ante Claudio. No lo es menos la constatación que se lee también en Tácito, *Ann.*, XI 12: «Verum inclinatio populi supererat ex memoria Germanici, cuius illa reliqua suboles utilis; et matri Agrippinae miseratio augebatur ob saevitiam Messalinae». En efecto, durante aquella época se daba una gran importancia al hecho de descender del divino Augusto —fue causa de no pocos crímenes— y, por otro lado, la casa de Germánico, a pesar del mal recuerdo que había dejado

Calígula, seguía siendo objeto de auténtica devoción por parte sobre todo de la plebe. Todavía en el año 59 d. C., cuando Nerón, tras haber fallado en su intento de asesinar a su madre, se reúne aterrorizado con Séneca y Burro, éste, preguntado por Séneca si debía ordenarse la muerte de aquella a algún soldado, responde «praetorianos toti Caesarum domui obstrictos memoresque Germanici nihil aduersus progeniem eius atrox ausuros» (Tac., *Ann.*, XIV 7).

<sup>5</sup> La comparación con Augusto, en este punto, venía por sí misma y, si creemos a Tácito, fue de hecho motivo de comentarios en los primeros momentos de su reinado: «igitur in urbe sermonum auida, quem ad modum princeps nix septemdecim annos egressus suscipere eam molem aut propulsare posset, quod subsidium in eo qui a femina regeretur, num proelia quoque et obpugnationes urbium et cetera belli per magistris administrari possent, anquirebant. Contra alii melius euenisse disserunt, quam si inualidus senecta et ignavia Claudius militiae ad labores uocaretur, seruilibus iussis obtemperaturus. Burrum tamen et Senecam multarum rerum experientia cognitos, et imperatori quantum ad robur deesse, cum octauo decimo aetatis anno Cn. Pompeius, nono decimo Caesar Octavianus ciuilia bella sustinuerint? pleraque in summa fortuna auspicii et consiliis quam telis et manibus geri» (Tac., *Ann.*, XIII 6).

<sup>6</sup> Se ha solido señalar —un punto de referencia sensato es P. Jal, «Images d'Auguste chez Sénèque», *REL* 35, 1957, pp. 242-264— que, a pesar de todas estas calculadas manifestaciones de adhesión a la figura de

En efecto, la propaganda neroniana puso gran interés en establecer semejanzas con Augusto, y aprovechó para ello los mínimos resquicios. Así, encontramos que recoge dos de los aspectos más curiosos de la simbología augústea: la identificación con Apolo y la adopción de una versión del advenimiento de la Edad de Oro en la que el propio Augusto era el *conditor saeculi*<sup>7</sup>. También Nerón, pues, adoptó la identidad con Apolo, tan característica de la propaganda augústea, y también en su caso lo hizo desde los primeros momentos de su vida pública. Las noticias sobre la ecuación entre Augusto y Apolo quieren remontarse al momento mismo de su gestación y nacimiento: si éstas parecen exageradas o interesadas, no hay más remedio que dar crédito por lo menos a otras que se refieren al año 40 a. C.<sup>8</sup>; en el caso de Nerón encontramos la comparación ya en la *Apocolocyntosis*, es decir, probablemente hacia final del año 54 d. C. o principio del 55 d. C., y casi simultáneamente en monedas, estatuas, inscripciones (en alguna de las cuales aparece como νέος Ἀπόλλων), y en un buen puñado de textos literarios<sup>9</sup>. El tema de la Edad de

Augusto, Nerón no sólo se apartó bastante de la práctica y la ideología políticas de su tatarabuelo, sino que incluso quiso establecer explícitamente cierta distancia con respecto a él: no hay más remedio —se dice— que interpretar de este modo por ejemplo la alusión, ya en el primer discurso ante el senado, a las guerras civiles de las que el nuevo *princeps* estaba libre (Tac., *Ann.*, XIII 4) o, en un tono y en un contexto distintos pero con una claridad aún mayor que en la alocución mencionada, ciertos pasajes del *De clementia* donde se trata con relativa extensión de la agitada y sangrienta juventud de Augusto («Diuus Augustus fuit mitis princeps, si quis illum a principatu suo aestimare incipiat... uicensimum egressus annum, iam pugiones in sinum amicorum absconderat, iam insidiis M. Antonii consulis petierat, iam fuerat collega proscriptionis...», Sen., *Clem.*, I 9 Préchac; «Augustus] in adulescentia caluit, ac ruit ira, multa fecit, ad quae inuitus oculos retorquebat... Fuerit moderatus et clemens, nempe post mare Actiacum Romano cruore infectum, nempe post fractas in Sicilia classes et suas et alienas, nempe post Perusinas aras et proscripciones; ego uero clementiam non uoco lassam crudelitatem...», Sen., *Clem.*, I 11 Préchac); etc. Quizá la contradicción entre ambas actitudes —la apelación a Augusto como dechado supremo y la supuesta crítica más o menos velada— es menor de lo que nos parece a los lectores de hoy: es probable que, en la visión de la historia y de la dinastía que podían tener Séneca o el propio Nerón, se trate de dos cosas radicalmente distintas.

<sup>7</sup> Además, el mero hecho de aplicar a Nerón —con los propósitos mencionados— esos dos elementos tan típicamente augústeos, tenía a su vez el efecto de potenciar su identificación con Augusto. Así lo entiende también, en relación a la primera égloga de Calpurnio Sículo y a otros aspectos de la simbología augústea quizá no tan claros, W. Friedrich, *Nachabmung und eigene Gestaltung in der bukolischen Dichtung des Titus Calpurnius Siculus*, Diss. Frankfurt a. M. 1976, p. 140: «Calpurnius zeichnet darüber hinaus in seiner ganzen Vorstellung von Nero als Friedenskaiser das Bild eines zweiten Augustus. Dies zeigen in der Prophezeiung vier Punkte: a, die aurea aetas-Thematik überhaupt; b, die dominierenden Begriffe pax, clementia, quies (d. h. die securitas); c, die Vorbilder

Saturn und Numa; d, der Gottkaiser». Véanse también a este respecto las notas 27 y 39.

<sup>8</sup> La vinculación de Augusto con Apolo —mucho más discreta, naturalmente, que la pretendida por Nerón— viene reflejada, dejando aparte las posibles interpretaciones de la cuarta égloga de Virgilio, en los testimonios que aportan Dión Casio, XLV 1; Suet., *Aug.*, LXX y XCIV; Plut., *Brutus*, XXIV; App., *Civ.*, IV 134; Val. Max., I 5, 7, etc., por no mencionar toda la filología virgiliana antigua, donde la referencia menos explícita puede ser tan inequívoca como ésta: «Apollo idest Augustus» (Philarg., *Verg.*, *Ecl.*, IV 10 rec. II). También puede verse al respecto, en el marco de una exposición y una interpretación más general, las páginas que dedica a esta cuestión F. Altheim, *Römische Religionsgeschichte*, Berlín y Leipzig 1931-1933, III, pp. 42 ss.

<sup>9</sup> Testimonios sobre la identificación de Nerón con Apolo —unos más claros que otros— los encontramos en Tac., *Ann.*, XIV 14, 2; Suet., *Nero*, XXV 2-4 y LIII 3; Dión Casio, LXI 21 (donde cuenta cómo los hombres más prominentes de Roma, guiados por los augustales, le gritaban ὁ καλὸς Καίσαρ, ὁ Ἀπόλλων, ὁ Ἀβγουστος, εἷς ὡς Πύθιος) y LXIII 14 y 20 (citado en el texto más arriba); Sen., *Apocol.*, IV; Calp. Sic., *Ecl.*, IV 87, 91, 158 s.; VII 83 ss.; *Buc. Einsid.*, II 38 (todas ellas tratadas pormenorizadamente en este artículo); Luc., *BC*, I 45-62; monedas en las que la efigie —o el nombre— de Nerón viene acompañada de la de Apolo o de alguno de sus atributos (*BCM.*, *Imp.*, I, pp. 245-274, n.º 218 ss., algunas de ellas recogidas en E. M. Smallwood, *Documents*, v. «Comparative table», pp. 134 ss.); inscripciones, como E. M. Smallwood, *Documents*, n.º 145 (una inscripción ateniense que reza Ἀποκράτορι Νέρωνι Καίσαρι Σεβαστῷ νέῳ Ἀπόλλωνι), n.º 161 o n.º 162. Paso por alto los testimonios de la identificación de Nerón con el dios solar: no sé hasta qué punto puede probarse que se trata de una faceta de Apolo, de la apropiación de un culto egipcio o de una amalgama de ambas cosas a un tiempo (baste citar al respecto P. Grimal, «Le De clementia et la royauté solaire de Néron», *REL* 49, 1971, pp. 205-217). Entiéndase por otro lado que, por mucho que Apolo sea el dios dinástico de los Julios (lo que aún está por ver: cf. F. Altheim, *Römische*

Oro que viene de la mano del monarca, que en el siglo de Augusto leemos —por ejemplo— en el propio Virgilio, en época de Nerón nos lo encontramos ya en la misma *Apocolocyntosis* y, a partir de ahí, en Calpurnio Sículo y en la segunda bucólica de la colección de Einsiedeln. También en esto Nerón quiso destacarse de sus precursores inmediatos y apelar al divino Augusto: no tenemos noticia, en efecto, de que ni Tiberio ni Caligula ni Claudio pretendieran haber traído un *saeculum aureum* a Roma<sup>10</sup>.

En resumidas cuentas, Nerón buscaba enlazar con ciertos aspectos muy bien determinados de la propaganda augústea. Tenía para ello dos razones principales: por un lado, como venimos viendo, que la figura de Augusto, acompañada de toda la literatura y de todos los mitos de los que supo rodearse, seguía gozando de un prestigio extraordinario y servía, por tanto, como símbolo inmutable de algo que, si había sido deturpado en los tiempos recientes, era esencialmente bueno; por otro lado, que esos aspectos superficiales que Nerón asimilaba ávidamente del conjunto de la imaginaria augústea coincidían en recoger los rasgos menos romanos de su ideología: la identificación con Apolo o la invención del advenimiento de una Edad de Oro entroncan más bien con el concepto helenístico de la monarquía que con cualquier tradición romana. Es justamente el intento de asimilarse a una concepción helenística del Estado lo que más claramente caracteriza la ideología y la política neroniana ya desde los primeros momentos de su llegada al poder: desde las medidas más importantes que se ponen en práctica hasta los aspectos más superficiales de su propaganda oficial —especialmente en el Oriente del Imperio pero también en el Occidente— apuntan inequívocamente a una política mucho más absolutista que la de Claudio o Tiberio<sup>11</sup>. Concepción helenística —decía— o, lo que viene a ser lo mismo, concepción antoniana; aunque no sea decisivo, tampoco parece irrelevante el hecho de que, al fin y al cabo, Antonio era también tatarabuelo suyo. No menos importante es que en algunos escritos de la época se teorice sobre este nuevo modelo de Estado —nuevo, siquiera en parte, para los romanos— y, naturalmente, se justifique sin reservas de ninguna clase. En este sentido quizá uno de los textos más elocuentes es el *De clementia*, compuesto, según parece, a comienzos del año 56 d. C. desde el epicentro mismo de la ideología imperial del momento: en él se defiende, con lujo de detalles y con sinceridad insólita, un absolutismo monárquico de corte inequívocamente antoniano. Eugen Cizek resume así esa doctrina senequiana del 'despotismo filosófico':

è basato su un contratto, un *foedus*: il monarca assicura ai cittadini la giustizia, la pace, la dignità; in cambio, i cittadini lo adoreranno come messaggero degli dei, secondo le leggi non scritte della regalità antoniana ed ellenistica<sup>12</sup>.

*Religionsgeschichte*, p. 44), sólo Augusto y Nerón se sirven de ello regularmente ya sea en su forma de presentarse ante el pueblo, ya en sus rituales o devociones particulares.

<sup>10</sup> La única excepción —que se explica como pervivencia automática del topos augústeo— la encuentro en Filón de Alejandría, *De legatione ad Caium*, II 13, donde, en una descripción de la prosperidad que la ascensión de Caligula al principado trajo consigo para todo el Imperio, señala Filón —en hipérbole tópica— que era tal la felicidad de aquellos tiempos que se creyó que la Edad de Saturno había dejado de ser una ficción de los poetas.

<sup>11</sup> Por terminar con la cuestión —que no es central aquí— sin necesidad de aportar uno tras otro los testimonios antiguos y sus exégesis, baste la autoridad de A. Momigliano, «Nero», p. 706, que analiza así este aspecto de la política de Nerón en sus primeros

momentos: «Whoever looks below these particular measures [se refiere a los rasgos de modestia, etc.] to the real trend of affairs during the first five years of Nero will observe no restitution of Republican liberties but a stronger current of absolutist tendencies. No emperor before had ever in his lifetime been placed on such a pinnacle by perpetual harping on the sovereign benefits that he was bestowing on humanity. Everything was made to depend upon him or derive from him alone; the very liberty which he apparently granted to his subjects lost its meaning when it was recognized not as a right but as the gracious concession of a sovereign being. Indeed it was, as his responsible advisers understood it, a form of clemency, and clemency has always been a virtue of sovereigns and not of Republics».

<sup>12</sup> E. Cizek, *La Roma di Nerone*, p. 99. La *communis opinio* en torno a la fecha de composición del

Nerón o, si se prefiere, Séneca, apoyándose en estas figuras garantizadas por el *cachet* augústeo, mata dos pájaros de un tiro: entronca con la figura castiza y romana de Augusto sin renunciar —ni siquiera en los aspectos más puramente formales— a sus veleidades absolutistas<sup>13</sup>. Sostengo que Séneca querrá poner al servicio de esta propaganda la poesía bucólica de la época: una de sus bazas, en este ámbito, será justamente la de proponer, como modelo del espíritu que él desea en los nuevos poetas, precisamente la cuarta égloga de Virgilio. En efecto, ¿qué mejor que la cuarta égloga para apuntalar la *facies* más externa de esa ideología absolutista que Séneca y Nerón quieren implantar? El más romano de los poetas romanos —el «Romanus Vergilius», como dice ya Petronio, 118— atribuye al más admirado de los antepasados de Nerón rasgos divinos y sotéricos: nada más fácil, pues, que servirse de esos atributos para definir a quien, precisamente, empieza a ser llamado 'nuevo Augusto', y todo ello con la enorme ventaja de no salirse un ápice de la más rancia tradición romana. Ni siquiera podría nadie hablar de antonianismo: nada menos que el divino Augusto se identificaba —igual, pues, que Nerón— como Apolo y como *conditor aurei saeculi*. Era el momento, por tanto, de poner en marcha una literatura panegírica que mirara a Nerón como el Virgilio de la cuarta égloga miraba a Augusto<sup>14</sup>.

2. Muy poco después de la llegada de Nerón al poder, quizá en el mismo otoño del año 54 d. C., quizá unos pocos meses más tarde, Séneca publica su sátira contra el ya difunto Claudio<sup>15</sup>. En el capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*, que contiene en su mayor parte un saludo a los nuevos tiempos que traerá Nerón, se encuentran algunas consignas e imágenes de filiación indudable y que muy poco después tendrán, también ellas, una pervivencia afortunada. Topamos, en primer lugar, con las Parcas que, tras cortar el hilo de la vida de Claudio («stolidae regalia tempora uitae»), observan atónitas cómo la trama blanca que extraen del vellón adquiere un nuevo

*De clementia* —cuestión bastante controvertida que aquí no nos interesa directamente— se divide entre quienes defienden los últimos meses del año 55 o primeros del 56 d. C. y los que propugnan el final del año 54 o el principio del 55 d. C.

<sup>13</sup> También en literatura el siglo de Augusto era en aquel momento una referencia indispensable según se ha señalado en varias ocasiones y con especial tino por parte de A. Momigliano, «Literary chronology», p. 459: «The second striking feature is the return to Augustan motives both on the political and on the poetical scene of Neronian Rome. Poets looked at the Augustan age as an ideal time of good patrons and good poetry, though obviously there was also something else in their mind. The cleavage between intelligentsia and Empire was deepening, and there was a genuine, if weak and uninspired, hope that Nero would achieve a reconciliation. As the *Apocolocyntosis* shows, this literary attitude was very much approved in high spheres. It is hardly necessary to emphasize how well all these poets knew each other and worked together» (la cursiva es mía); en un sentido similar se manifiesta R. Mayer, «Neronian classicism», *AJP* 103, 1982, pp. 305-318, que resume así su opinión al respecto (p. 305): «To put the matter briefly, Neronian poetry is a conscious revival in a number of departments of Augustan forms which, so far as we know, had lapsed into disuse in the meanwhile».

<sup>14</sup> V. Langholf pretende que en época de Nerón la cuarta égloga de Virgilio —junto con algunos pasajes de otras églogas— se interpretó como referida precisamente a Nerón y que Calpurnio Sículo siguió esta línea exegética (V. Langholf, «Vergil-Allegorese in den *Bucolica* des Calpurnius Siculus», *RbM* 133, 1990, pp. 350-370). La teoría —ingeniosa y sustentada por una erudición correcta— resulta más complicada de lo que en este caso parece lícito: nada en las églogas de Calpurnio ni en las del manuscrito de Einsiedeln ni en ningún otro texto de la época induce a pensar que sus autores jueguen —en serio o en broma, como astutamente advierte Langholf— con una concepción tal de los versos virgilianos en cuestión. A pesar de todo la admisión de la teoría de Langholf no implicaría en modo alguno —antes al contrario— renunciar a la hipótesis de la «dirección» de la que, según he expuesto, fue objeto el tema de la *aetas aurea* y de la identificación con Apolo en la época de Nerón: bastaría con hacer decir a la *Apocolocyntosis* todo lo que Langholf propone.

<sup>15</sup> Parece que hoy siguen siendo mayoría quienes, efectivamente, sitúan la *Apocolocyntosis* a finales del 54 o principios del 55 d. C., aunque en ocasiones se ha querido retrasar la fecha a los *Neronia* del año 60 d. C. o incluso más tarde. Son cada vez menos, a lo que parece, los que dudan de la autoría senequiana. Véase al respecto la nota 18.

color: la vil lana se convierte en metal precioso y «siglos áureos descenden por el hermoso hilo» (IV 1, 9). En medio de la euforia de las Hermanas—que ya van hilando una larga vida que supera a las de Titono y Néstor—llega Febo Apolo y las anima de este curioso modo (IV 1, 20-31):

... *ne demite, Parcae*  
*Phoebus ait: «uincat mortalis tempora uitae*  
*ille mihi similis uultu similisque decore*  
*nec cantu nec uoce minor. felicia lassis*  
*saecula praestabit legumque silentia rumpet*

...  
*talis Caesar adest, talem iam Roma Neronem*  
*aspiciet...*

No se ha prestado atención —aunque siempre se haya sabido— a la ascendencia virgiliana de toda esta parte de la *Apocolocyntosis*: los mejores comentarios apenas se molestan en señalar el paralelismo entre *Apocol.*, IV 1, 9 «aurea... saecula» y la «gens aurea» de Virgilio, *Ecl.*, IV 9<sup>16</sup>. En efecto, también aquí están las Parcas, Apolo, y el oro de los nuevos tiempos, y la propia situación es, además, idéntica: tanto en Séneca como en Virgilio se trata de un saludo a una nueva época que vaticinan próspera y pacífica, y que en ambos casos viene de la mano de un *princeps* —para Virgilio de Augusto, para Séneca de Nerón—<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Sólo encuentro un análisis atento al lugar de este capítulo de la *Apocolocyntosis* en la historia de la literatura panegírica y en la historia del culto al emperador —análisis que, por otro lado, no comparto: cf. *infra* notas 27 y 40— en O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis. Die Satire auf Tod / Himmel- und Höllenfahrt des Kaisers Claudius*, Einführung, Analyse und Untersuchungen, Übersetzung von O. W., Berlín 1923, pp. 36-48; para la presencia de las *Bucólicas* virgilianas en Séneca puede partirse de J.-M. André, «La présence de Virgile chez Sénèque. Zones d'ombre et de lumière», *Helmantica* 33, 1982, pp. 219-233; se limitan a señalar el paralelismo entre «aurea... saecula» de *Apocol.*, IV 1, 9 y Verg., *Ecl.*, IV 9 etc. y *Aen.*, VI 792 s.: Séneca, *Apocolocyntosis*, ed. P. T. Eden, Cambridge 1984 *ad loc.*; L. Annaei Senecae diui Claudii 'Αποκολοκύντωσις, ed. C. F. Russo, Florencia 1985 [1. ed. 1948], *ad loc.*; A. P. Ball, *The satire of Seneca on the apotheosis of Claudius commonly called the 'Αποκολοκύντωσις*, Nueva York y Londres 1978 [= Nueva York 1902], p. 169; ni siquiera se menciona a Virgilio en Séneca, *Apokolokyntosis (inzuccatura) del diuo Claudio*, ed. A. Rostagni, Turín 1944; Sénèque, *L'Apocoloquinose du divin Claude*, ed. R. Waltz, París 1966; L. Annaeus Seneca, *Apocolocyntosis. Die Verkürbissung des Kaisers Claudius*, ed. A. Bauer, Stuttgart 1986 [1. ed. 1981]; tampoco los modernos escoliastas de Virgilio parecen darle al hecho la mínima importancia: por ejemplo, no encuentro ninguna mención en el por lo demás bien nutrido aparato de P. Vergili Maronis *Bucolica, cum auctoribus et imitatoribus in usum scholarum*, ed. C. Hosius, Berlín 1968 [= *ib.* 1915], *ad loc.*; una revista de fuentes interesante se encuentra ahora en M. T. Boatwright, «The style of the *Laudes Neronis*, chapter 4.1 of Seneca's *Apocolocyntosis*», *CB* 62, 1986, pp. 10-16.

<sup>17</sup> El término de comparación seneciano para la ecuación entre el *puer* y Augusto sería —sin contar con otros argumentos quizá menos tangibles pero sin duda tanto o más convincentes que éste— la nueva vida que hilan las Parcas una vez cortada la de Claudio y que no queda claro si se trata de la del propio Nerón, la de su reinado o la de ambas cosas a un tiempo. Se diría además que la ambigüedad tiene una explicación muy en consonancia con lo que vengo señalando: Séneca —en mi falible opinión— desiste de utilizar también el símbolo del *puer*, pero recoge, quizá inconscientemente, otros elementos que venían siquiera ligados con aquél, como puede ser el nuevo hilo que comienzan a extraer las Hermanas. W. Schmid, «Panegyrik und Bukolik in der ernerischen Epoche. Ein Beitrag zur Erklärung der *Carmina Einstidlensta*», en Id., *Ausgewählte philologische Schriften*, hrsg. v. H. Erbse und J. Küppers, Berlín y Nueva York 1984 *LBj* 153, 1953, pp. 63-96], pp. 469-509, parece proponer —y, si es así, me sumo a la propuesta— una lectura de *Buc. Eins.*, II 38 «casta faue Lucina: tuus iam regnat Apollo!» en la que Apolo sea no sólo Nerón —cosa obvia— sino Nerón *puer*: «Nero konnte sehr wohl als *nascens puer* aufgefasst werden» (*ib.*, p. 492). Si esto fuera así —y no veo por qué no puede serlo— tendríamos un punto más de unión con la cuarta égloga virgiliana y un indicio más de la lectura virgiliana de aquellos años (cf. por el contrario, la opinión de R. Verdière, «Le genre bucolique à l'époque de Néron: les *Bucolica* de T. Calpurnius Siculus et les *Carmina Einstidlensta*. État de la question et prospectives», *ANRW* II, 32.3, 1985, pp. 1845-1924, 1912).

Por lo que hace a la datación de las églogas de Calpurnio Sículo vaya por delante que asumo —obviamente— la teoría que las sitúa en época de Nerón y que propone para la primera de ellas los últimos meses del año 54 d. C. o los primeros del 55 d. C.<sup>18</sup>. Efectivamente, la primera égloga calpurniana se escribe y publica justamente con motivo de la llegada de Nerón al poder: es, pues, más o menos contemporánea de la *Apocolocyntosis*. No puede ser casualidad que, recuperando el ropaje de la poesía bucólica del que —lógicamente— se habían desprendido los versos de Séneca, nos aparezca en ella el mismo motivo central de la Edad de Oro. Órnito y Coridón, los dos pastores que introduce Calpurnio Sículo en esta primera égloga, encuentran letras grabadas en una haya<sup>19</sup>: no son versos de pastores, sino algo más elevado, nada menos que una profecía de Fauno en la que se revela la llegada de una *aetas aurea* que acompaña, en su venida, al joven que «maternis causam... uicit Iulis» (l. 45 y 42):

*aurea secura cum pace renascitur aetas.*

<sup>18</sup> Recientemente se ha avivado el debate en torno a la época a la que debe asignarse la colección de Calpurnio Sículo. Más o menos desde los tiempos de M. Haupt, *De carminibus bucolicis Calpurnii et Nemesiani*, Berlín 1854 [= *Mauricii Hauptii opuscula*, Leipzig 1875-1876, I, pp. 358-406] —no así antes— la *communis opinio*, como señalo en el texto, es la que sitúa estas *Bucólicas* entre el año 54/55 y 57/58 d. C. o, todo lo más, 64/65 d. C. Contra esta ortodoxia se ha desatado en los últimos quince años una interesante polémica en la que ha destacado E. Champlin, «The life and times of Calpurnius Sículus», *JRS* 68, 1978, pp. 95-110 y, más recientemente, también E. Champlin, «History and the date of Calpurnius Sículus», *Philologus* 130, 1986, pp. 104-112; D. Armstrong, «Stylistics and the date of Calpurnius Sículus», *Philologus* 130, 1986, pp. 113-136; D. Armstrong y E. Champlin, «The date of Calpurnius Sículus: conclusion», *Philologus* 130, 1986, p. 137, así como E. Courtney, «Imitation, chronologie littéraire et Calpurnius Sículus», *REL* 65, 1987, pp. 148-157 y K. D. Ostrand, *Aspects of the reign of the Emperor Domitian*, Missouri-Columbia Diss. 1984, entre otros. De los que han reaccionado en defensa de la tesis tradicional bastará mencionar a G. B. Townend, «Calpurnius Sículus and the *munus Neronis*», *JRS* 70, 1980, pp. 166-174; R. Mayer, «Calpurnius Sículus: technique and date», *JRS* 70, 1980, pp. 175-176; T. P. Wiseman, «Calpurnius Sículus and the Claudian civil war», *JRS* 72, 1982, pp. 57-67; R. Verdière, «À quelle époque vécut T. Calpurnius Sículus?», en *Neronia III. Actes du III<sup>e</sup> Colloque International de Société Internationale d'Études Néroniennes (Varenna - juin 1982)*, Roma 1983, pp. 125-138 [*Centro ricerche e documentazione sull'antichità classica. Atti*, 12, 1982-1983]; J. Küppers, «Die Faunus-Prophetie in der 1. Ekloge des Calpurnius Sículus», *Hermes* 113, 1985, pp. 340-361 y, últimamente, J. Fugmann, «Nero oder Severus Alexander? Zur Datierung der Eklogen des Calpurnius Sículus», *Philologus* 136, 1992, pp. 202-207; K. Krautter, «Lucan, Calpurnius Sículus und Nero», *Philologus* 136, 1992, pp. 188-201 y, una vez más, R. Verdière, «Calpurnius, en fin d'analyse...», *Helmantica* 44, 1993, pp. 341-398. Entre quienes propugnan la data-

ción neroniana son mayoría los que sitúan la primera égloga de la colección en los últimos meses del año 54 o primeros del 55 d. C.; otros —Hubaux, Rogers, Toynebee, Luiselli— proponen fechas en torno al año 60 d. C., y algunos de éstos apoyan a quienes también quieren una datación tardía —entre el 59 y el 62 d. C.— para la *Apocolocyntosis* —como Hirschfeld, Bickel, Ronconi— (las referencias se encuentran en la bibliografía general citada más arriba o, acompañadas de un estado de la cuestión muy claro, en M. D. Spadaro, *Sulle egloghe politiche di Tito Calpurnio Sículo*, Catania 1969, pp. 6-27); es un término medio el de F. Casaceli, «Temi letterari e spunti autobiografici nell'opera di T. Calpurnio Sículo», *CCC* 3, 1982, pp. 85-103, que piensa en algún momento entre diciembre del 56 y diciembre del 57 d. C.

<sup>19</sup> La precisión de Calpurnio sobre la corteza de haya no es gratuita: sabemos de ciertas concepciones ancestrales que relacionaban las cortezas de árbol —y, concretamente, las de haya, árbol que Fauno (Calp., *Ecl.*, I 34) califica de *sacra*— como soporte de escritura con ciertos usos religiosos, sobre todo con oráculos sibilinos. Nos lo cuenta Plinio (*Nat.*, XVI 35): «nec non et in quodam usu sacrorum religiosus est fagi cortex» (*apud* J. Gagé, «Les superstitions de l'écorce et le rôle rituel de fûts ou de troncs d'arbres dans l'Italie primitive», *MEFR* 91, 1979, pp. 547-570, especialmente 547-549); y también, aunque sin la precisión de la especie, Símaco (*Epist.*, IV 34, 3): «Marciorum quidem uatum diuinatio caducis corticibus inculcata est» (*apud* A. Alföldi, «*Redeunt Saturnia regna*, IV. Apollo und die Sibylle in der Epoche der Bürgerkriege», *Chiron* 5, 1975, pp. 165-192, sobre todo 170-172). Es más que probable que, por otro lado, en el ánimo de Calpurnio Sículo esté también la alusión a verso y medio de la quinta égloga de Virgilio: «Immo haec, in uiridi nuper quae cortice fagi i carmine descripsi et modulans alterna notauit, i experiar...» (Verg., *Ecl.*, V 13-15). Se trata de un motivo, a lo que parece, muy querido de Calpurnio Sículo: además del mencionado pasaje de la primera égloga lo encontramos también —aunque sin ese sentido sacro— en III 43 s. y en IV 130.



Serán, en efecto, «beata saecula» (I 44 s.), lo mismo que los que anunciaba Séneca serían «felicia... saecula». Por si fuera poco, el joven en cuestión viene identificado con un dios, aunque de momento no se especifica nada más: «populos deus ipse reget» (I 46), «scilicet ipse deus Romanae pondera molis | fortibus excipiet sic inconcussa lacertis» (I 84 s.); etc. El otro elemento que un lector atento intuiría destacado en los versos de la *Apocolocyntosis* aducidos más arriba —la presencia de Apolo— lo encontramos en las otras dos églogas políticas de la colección, la cuarta y la séptima. En la cuarta, donde es indudable que tras la máscara de Coridón debe verse al propio Calpurnio y se discute si bajo el nombre de Melibeo hay que leer Séneca, Calpurnio Pisón o algún otro personaje cercano al emperador (cf. *infra*), nadie vacila en ver a Nerón tras Apolo<sup>20</sup>. Apolo que, según se nos dice en la égloga, no desprecia los versos de Melibeo, el padrino de Coridón en la corte (IV 9 s. y 70-72):

*Dulce quidem resonas, nec te diversus Apollo  
despicit...*

*Est, fateor, Meliboe, deus: sed nec mihi Phoebus  
forsitan abnuerit; tu tantum commodus audi-  
scimus enim quia te non aspernatur Apollo.*

Otras dos veces las referencias a Apolo son menos explícitas: «Me quoque facundo comitatus Apolline Caesar | respiciat...» (IV 87 s.), donde parece que debe entenderse que el *princeps* está acompañado de Apolo a modo de un *alter ego* y, casi al final de la égloga y dirigiéndose siempre a Melibeo, «Nam tibi fas est | sacra Palatini penetralia uisere Phoebi» (IV 158 s.) deja ver una ambigüedad buscada. La condición divina del emperador —que, como se ha visto, también venía recordada en la primera égloga— es aludida en los mismos términos que en la *Apocolocyntosis*: en la colección de Calpurnio Coridón ruega a los dioses que «...hunc iuuenem... | ...post longa reducite uitae | tempora uel potius mortale resolute pensum» (IV 137-139), mientras en Séneca es Febo quien propone «uincat mortalis tempora uitae...» (*Apocol.*, IV 1, 21). Tampoco falta en esta cuarta égloga una alusión a la Edad de Oro y, una vez más, con reminiscencias claramente senequianas: el Coridón calpurniano, en la misma invocación recién mencionada, pide a sus dioses «date perpetuo caelestia fila metallo» (IV 140); en la sátira de Séneca —también esto se ha visto más arriba— se nos cuenta cómo «mutatur uilis pretioso lana metallo, | aurea formoso descendunt saecula filo» (IV 1, 8 s.). La égloga séptima termina con un lamento de Coridón, que viene de Roma de presenciar un espectáculo al que ha asistido el propio emperador<sup>21</sup>: si el aspecto y la vestimenta del pastor no fueran tan rústicos habría podido estar más cerca de su divino César; tuvo que conformarse, sin embargo, con verlo de lejos (VII, 83 s.):

*...ac nisi me uisus decepit, in uno  
et Martis uultus et Apollinis esse putavi.*

<sup>20</sup> Ferrara, Theiler, Momigliano, Verdière y otros —la mayoría de quienes se han ocupado del caso— han defendido para la cuarta égloga una fecha cercana a la del ascenso al trono del nuevo *princeps* —55 ó 56 d. C.— y por tanto, de acuerdo al menos con sus propias teorías y con la *communis opinio*, cercana también a la de la primera égloga de la colección —aunque también es una cuestión discutida cuál de las dos precede a cuál—; otros como Hubaux, Toynbee o Hichter proponen una fecha próxima al año 65 d. C. (las referencias se encontrarán, por ejemplo, en M. D. Spadaro,

*Sulle egloghe politiche*, pp. 30-41, ya citado); B. Luiselli, «Note su Calpurnio Siculo», *AFLC* 28, 1960, pp. 137-153, 151 s., en cambio, piensa en algún momento entre los años 60 y 62 d. C.

<sup>21</sup> La mayor parte de los estudiosos sitúa la séptima égloga relativamente próxima a la primera y cuarta, a saber, entre el año 57 y 58 d. C. (se encuentra un *status quaestionis* detallado y reciente en T. Calpurnio Siculo, *Egloga VII*, introduzione, edizione critica, traduzione e commento a cura di L. Di Salvo, Bolonia 1990, pp. 27-34).

Las Parcas que Séneca adopta —de un modo bastante sorprendente, tal y como se ha señalado más arriba— de la cuarta égloga de Virgilio aparecen de nuevo, ligeramente camufladas, en Calpurnio Sículo (IV 137-140):

*Di, precor, hunc iuuenem, quem uos —neque fallor— ab ipso  
aethere misistis, post longa reducite uitae  
tempora uel potius mortale resoluite pensum  
et date perpetuo caelestia fila metallo.*

Son, en efecto, las mismas Parcas que siguen hilando el oro: no sería fácil establecer si están más cerca de las de Séneca o de las de Virgilio<sup>22</sup>. En los dos fragmentos de Einsiedeln —cargados de problemas en los que sería inútil detenerse aquí— encontramos motivos y símbolos que nos remiten, otra vez, al capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*. Es, en cierto modo, secundario para lo que ahora más nos interesa, si las dos bucólicas einsiedlenses deben leerse en clave irónica o no: por el momento se trata de probar la relación que las une al mencionado pasaje de la sátira, y tal relación puede existir igualmente tanto en uno como en otro caso<sup>23</sup>. En la primera de las églogas se insiste —de un modo infinitamente más llano que en cualquier otro texto de la época— en la identificación de Nerón con Apolo: igual que en la *Apocolocyntosis*, es Febo Apolo, en su calidad de músico y poeta, cargado de su cítara, hermoso de rostro (en efecto: «*talis Phoebus erat*» *Buc. Eins.*, I 32, como «*talis Caesar adest*» *Apocol.*, IV 1, 30). El núcleo de la segunda es precisamente la constatación —cierto que un poco sofisticada— de que el mundo vive ya los *aurea regna*, tal y como los anuncia el Apolo de Séneca o tal y como los describe Virgilio, aunque de manera inesperadamente original<sup>24</sup>.

Vemos, pues, de qué modo está presente en Calpurnio Sículo y en el anónimo de Einsiedeln el capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis*. Pero la intención de los versos senequianos no es tanto —según creo— influir directamente sobre esta poesía bucólica, sino más bien remitir a sus autores a la cuarta égloga de Virgilio, quizá con el trasfondo del discurso —escrito también por Séneca, según Dión Casio— que Nerón pronunció ante el Senado o, quizá, con el de algún texto programático estrechamente relacionado con éste que nosotros sólo podemos conocer por el relato

<sup>22</sup> O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis*, pp. 36-48 y V. Langholf, «Vergil-Allegorese», p. 367, que advierten la relación que existe entre los tres textos, son partidarios de suponer que tanto Séneca como Calpurnio dependen de un lugar común de la literatura panegírica de la época (y Langholf, en concreto, piensa que en esa tradición el pasaje virgiliano venía interpretado como referido al propio Nerón). Véanse al respecto las notas 27 y 40.

<sup>23</sup> Al menos D. Korzeniewski, «Die 'panegyrische Tendenz' in den *Carmina Einsiedlensia*», *Hermes* 94, 1966, pp. 344-360, *Id.*, «Néron et la Sibylle», *Latomus* 33, 1974, pp. 921-925, y A. Bartalucci, «Persio e i poeti bucolici di età neroniana», *RCCM* 18, 1976, pp. 85-116, quieren ver un tono irónico en las alabanzas a Nerón de ambas églogas; la lectura tradicional, en cambio, encuentra ambos textos tan sinceros como las églogas calpurnianas.

<sup>24</sup> Casi todos los eruditos asignan las dos églogas a la época de Nerón, y la mayoría de ellos considera que la primera debe situarse en torno al año 65 d. C. mientras que la segunda estaría escrita en los primeros años o incluso meses que siguieron a la llegada de

Nerón al poder, aunque últimamente se tiende a datar esta segunda égloga en un momento algo posterior. El estado de la cuestión está lejos de ser sencillo: baste remitir a C. Mandolfo, «Sulla datazione dei *Carmina Einsiedlensia*», *Orpheus* 7, 1986, pp. 1-20. Naturalmente, otro elemento más en el entramado de influencias que encontramos en estos textos menores de la época —capítulo clásico en los estudios sobre ellos— es la posible presencia de Calpurnio Sículo en el anónimo de Einsiedeln o viceversa: no he querido abordar nada de esto en el texto por no complicar innecesariamente la exposición. Lo mismo cabe decir de la conocida cuestión en torno a si «*fas mihi sit uidisse deos*» (*Buc. Eins.*, I 26) viene o no citado en Séneca, *Epist.*, CXIV 5: aunque una respuesta afirmativa podría quizá suponer cierto apoyo a la tesis de fondo que mantengo, he preferido no tratar de ello, ya que me inclino en este caso por el partido escéptico (véanse, en cualquier caso, las aportaciones fundamentales, en uno y otro sentido, de C. Morelli, «Nerone poeta e i poeti intorno a Nerone», *Athenaeum* 2, 1914, pp. 117-152 y A. Momigliano, «Literary chronology», p. 458).

sumarísimo de Tácito (*Ann.*, XIII 4)<sup>25</sup>. Interesa, por tanto, observar hasta qué punto ha surtido efecto la velada recomendación de Séneca, es decir, de qué modo tanto Calpurnio como el anónimo de Einsiedeln se han apoyado en los elementos más significativos de la cuarta égloga de Virgilio. No se trata —y menos ahora— de perderse en una *Quellenforschung* minuciosa para probar algo que está probado hace tiempo, a saber, que las *Bucólicas* virgilianas —y por tanto también la cuarta égloga— están presentes en estos otros textos: se trata más bien de sopesar la importancia de ciertos elementos clave que Calpurnio y el anónimo importan de la égloga del *puer*<sup>26</sup>. Una Edad de Oro idéntica a aquella cuya llegada anuncia Virgilio es el centro del canto de Fauno, meollo, a su vez, no ya de la primera égloga de la colección calpurniana, sino de toda ella: para Calpurnio «aurea secura cum pace renascitur aetas» (I 42), regresan «altera Saturni... regna» (I 64), los «beata... saecula» siguen en pos de un «iuuenem... maternis causam qui uicit Iulis» (I 44 s.), vuelve también «alma Themis» (I 44); para Virgilio, igualmente, lo que sucede es que «iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna» (IV 6), es decir, vuelve Astrea —hija de Temis y, por tanto, aquí, igual a Temis— junto con la propia Edad de Oro o, mejor dicho, la «gens aurea» (IV 9), y todo esto acompaña, también para él, a un niño «quo ferrea primum | desinet ac toto surget gens aurea mundo» (IV 8 s.). El «iuuenis» de Calpurnio, además de haber vencido la causa para sus Julios maternos, viene identificado con un dios, pues es difícil, si no, comprender que «populos deus ipse reget» (I 46) o que «afflictum melior deus auferet aeuum» (I 73) o, por si quedara alguna duda, que «ipse deus Romanae pondera molis | fortibus excepiet sic inconcussa lacertis» (I 84 s.); en Virgilio, a su vez, será con el *puer* con quien «ferrea primum | desinet ac toto surget gens aurea mundo» (IV 8 s.), «deum uitam accipiet diuisque uidebit | permixtos heros et ipse uidebitur illis | pacatumque reget patriis uirtutibus orbem» (IV 15 ss.), además de ser «cara deum suboles, magnum Iouis incrementum» (IV 49). Calpurnio repite este tema de la *aetas aurea* y del *iuuenis deus* en sus églogas cuarta y séptima. Su cuarta égloga comienza prácticamente (IV 5-8) traduciendo la esencia misma de la cuarta de Virgilio:

*Carmina iam dudum, non quae nemorale resultent,  
uoluitmus, o Meliboeae; sed haec, quibus aurea possint  
saecula cantari, quibus et deus ipse canatur,  
qui populos urbesque regit pacemque togatam,*

<sup>25</sup> Y, en efecto, se adivina algún texto de esta naturaleza —quizá no necesariamente el discurso de Nerón— en más de un verso de Calpurnio: parece verosímil que las alusiones a las guerras civiles (I 47-49) o, más aún, las críticas tan poco veladas a una paz sólo aparente (I 54-59) y al trato riguroso recibido por el senado (I 60-62), no pueden ser una apostación espontánea de Calpurnio, sino que se fundamentan en algún texto programático difundido en los primeros días del reinado de Nerón y por lo menos próximo al discurso pronunciado ante el senado (el resumen de Tácito es tan breve que resulta difícil afinar mucho más). También se intuye algo de esto en la propia *Apocolocyntosis*: ese «legum silentia rumpet» (IV 1, 24) no puede referirse más que a algo relacionado —si no a ello mismo— con aquello de que «non... se negotiorum omnium iudicem fore» (Tac., *Ann.*, XIII 4).

<sup>26</sup> Observaciones sobre las fuentes de Calpurnio Sículo —y las de las bucólicas de Einsiedeln— se

encuentran desperdigadas por buena parte de la bibliografía citada en las notas anteriores y siguientes. A ésta pueden añadirse las ediciones de D. Korzeniewski, *Hirtengedichte aus neronischer Zeit. Titus Calpurnius Siculo und die Einsiedler Gedichte*, Darmstadt 1987 [1ª ed. 1971], de R. Verdière, *T. Calpurnii Siculi de laude Pisonis et bucolica et M. Annaei Lucani de laude Caesaris Einsidlensia carmina*, Bruselas 1954, de Ch. H. Keene, *The eclogues of Calpurnius Siculo and M. Aurelius Olympius Nemesianus*, Hildesheim 1969 [= Londres 1887], de C. Messina, *T. Calpurnio Siculo*, Padua 1975, de B. Schröder, *Carmina non quae nemorale resultent. Ein Kommentar zur 4. Ekloge des Calpurnius Siculo*, Frankfurt a. M., Berna, Nueva York y París 1991 para la cuarta égloga, y de H. Schenkl, *Calpurnii et Nemesiani Bucolica*, Leipzig y Praga 1885, y si quiera M. L. Paladini, «Osservazioni a Calpurnio Siculo», *Latomus* 15, 1956, pp. 330-346 y 521-531 y R. Verdière, «La bucolique post-virgilienne», *Bos* 56, 1966, pp. 161-185.

y continúa, de igual manera, interpretando y recreando la égloga de Virgilio y aludiendo a cada paso al dios que es el joven César. La séptima y última de la colección –se ha visto algo de esto más arriba– discurre en un tono más o menos similar: la descripción de los juegos del anfiteatro le impide volver sobre el tema del *saeculum aureum*, pero sí lo hace, y en varias ocasiones, sobre la identidad entre el emperador y Apolo<sup>27</sup>. Inútil, pues, insistir sobre este punto. Más arriba se ha visto cómo Calpurnio no se olvida ni siquiera de las implacables Hermanas: aquí carece de interés –en el supuesto de que estuviera en nuestra mano– intentar determinar si depende de Séneca, de Virgilio, o de ambos a un tiempo. El primero de los dos fragmentos de Einsiedeln no contiene referencia alguna a la Edad de Oro pero está sobrado –se ha visto más arriba– de alusiones a las «Caesareas... laudes» (I 15) por un lado y a la calidad divina del *princeps* por otro, por no mencionar referencias de probada ascendencia virgiliana pero de difícil exégesis (véase, por ejemplo, el verso I 25: «carminibus uirgo furit et canit ore coacto»). El segundo, en cambio, versa casi sólo sobre el *nouum saeculum* (II 23 s.):

*Saturni rediere dies Astraetaeque uirgo,  
totaque in antiquos redierunt saecula mores,*

dice el anónimo citando casi literalmente a Virgilio para terminar, después de pasar revista a los elementos tópicos –tópicamente virgilianos– de la Edad de Oro, repitiendo letra por letra el décimo verso de la cuarta égloga de Virgilio: «casta, faue, Lucina, tuus iam regnat Apollo!» (II 38). La presencia de Apolo en Virgilio, Calpurnio y los autores de los fragmentos de Einsiedeln, sugerida siempre como idéntica o, siquiera, redundante con respecto a la del *puer, inuenis* o *Caesar*, salta, pues, a la vista: no falta en ninguno de los cuatro –o tres– poetas, y en todos ellos aparece supe-  
ditada al gran tema de la *aetas aurea*.

3. Merece destacarse, por otro lado, un aspecto al que –por lo que sé– no se le suele dar la importancia debida cuando se trata de la bucólica neroniana: es el interés que parecen mostrar tanto Calpurnio Sículo como el anónimo de Einsiedeln, no ya por imitar a Virgilio sin tasa, que entraría, hasta cierto punto, dentro de lo previsible, sino por dejar patente esta subordinación –sobre todo, insisto, en relación a la cuarta égloga– de un modo insólito en la literatura romana. Se ha visto ya que los elementos clave de esta cuarta égloga de Virgilio vienen presentados y desarrollados, tanto en Calpurnio como en el anónimo, de manera tan clara que es imposible no

<sup>27</sup> Tal y como se señala unas líneas más abajo, entre Virgilio y Séneca no hay ninguna tradición panegírica sistemática y específica para los Césares que traiga consigo, como tópicos, la equiparación del emperador con un *deus*, su calificación de *iuuenis* o –sobre todo– su identificación con Apolo (véase más abajo la nota 37). Otra cosa es que se trate, hasta cierto punto, de calificativos más o menos previsible en determinados casos –y pienso casi sólo en Calígula y en algunas provincias orientales– o que, por lo que hace concretamente al hecho de que se aluda al emperador calificándolo de «dios», nos los encontremos también incluso para Tiberio y Claudio, tan poco amigos de esta clase de propaganda. Precisamente por eso, es decir, porque falta, en la medida en que podemos saberlo, una tradición de ese tipo, es significativo que Calpurnio, a la hora de hacer valer estos presuntos tópicos, se sirva pedisecuamente de la expresión virgiliana: coincido plenamente con W.

Friedrich, *Nachahmung und eigene Gestaltung*, p. 143: «auch in der Apostrophierung des rettenden Herrschers als 'deus' [...] liegt für den Leser dann mindestens eine Verbindung zum Rettergott Oktavian des Vergil in ecl. I. Bis Domitian blieb dann zwar die Vergöttlichung –von der lächerlichen Episode des Caligula abgesehen– offiziell dem verstorbenen Kaiser vorbehalten [...], und so erscheint auch die Betonung der göttlichen Natur Neros als Anschluss an eine Vorstellung, die vor allem in der Dichtung mit Augustus verbunden ist». No lo entiende así, en cambio, V. Langholf, «Vergil-Allégorie», pp. 359 s. que, fiel a la línea de O. Weinreich (*v. infra* nota 37), constata el hecho sorprendente; tiene razón, en cambio, cuando afirma que «wenn Calpurnius in dem Zusammenhang Nero als *deus* bezeichnet, so ist das zwar konventionell im Rahmen der Nero-Verehrung, andererseits aber eine Reminiszenz an Vergils I. Ekloge und eine allegorische Ausdeutung der Ekloge» (*ib.*).

creer en una voluntad extraordinaria de vincularse abiertamente con ella. Por si esto no bastara, las reminiscencias verbales se cuentan por decenas: un vistazo al aparato de *similia* de Hosius y Korzeniewski –ambos excelentes y ambos, sin embargo, enormemente incompletos por lo que a este punto hace– convencería al más incrédulo. Calpurnio Sículo, para mayor claridad, introduce a Virgilio bajo el nombre de 'Tityrus' –el mismo, obviamente, que el propio Virgilio asume en la primera égloga– y, escondido tras la máscara del pastor Coridón –crucialmente, el otro único nombre bajo el que, según la tradición gramatical luego recogida por la comentarística, se oculta Virgilio–, expresa su aspiración por parecerse al Mantuano: Yolas –cuenta Coridón– le regaló una flauta que fue de Títiro, el primero que en aquellas montañas cantó con un caramillo hibleo; Melibeo, a su vez, glosando la mención de Títiro-Virgilio que ha hecho Coridón, señala lo siguiente (IV 64 s.):

*Magna petis, Corydon, si Tityrus esse laboras.  
Ille fuit uates sacer...*

Los poemas de Einsiedeln, además de estar repletos, igual que las églogas de Calpurnio, de temas y modos virgilianos, no dejan de mencionarlo más o menos explícitamente. El primero de ellos, siempre con el objetivo único de ensalzar al *princeps*, termina comparando sus aptitudes poéticas con las del propio Virgilio (I 48 s.):

*haud procul Iliaco quondam non segnior ore  
stabat et ipsa suas debebat Mantua caritas.*

El segundo, tras una recreación minuciosa de la *aurea aetas* más virgiliana que se encuentra en la literatura romana, termina repitiendo uno de los versos emblemáticos de la cuarta égloga: «cásta, faue, Lucina, tuus iam regnat Apollo!» (II 38).

4. Así es que Séneca, en el momento mismo del ascenso de Nerón al poder, propicia el desarrollo de una poesía bucólica laudatoria y, lo que es aún más importante, le impone como modelo la égloga cuarta de Virgilio. La idea de Séneca –si se me permite el juicio– es genial: nada más natural que una poesía pastoril construida sobre lo que en ese campo había dejado quien ya era visto como el *maximus poetarum*, y nada más oportuno para el joven Nerón que, aprovechando –entre otras cosas– un parentesco más cercano que el que podían aducir los otros aspirantes, aproximarse a la figura de Augusto y tomar distancias respecto de los últimos representantes de la dinastía. La égloga, en efecto, encajaba a pedir de boca –no sé si paradójicamente– con aquellas concepciones helenísticas y antonianas rescatadas para el caso por Séneca y que gustaban de centrarse en la persona misma del emperador: igual que el *puer* de la égloga virgiliana traerá todos los bienes imaginables, también Nerón, a su llegada al trono, es anunciado como ἀγαθὸς δαίμων δὲ τῆς οἰκουμένης ἀρχὴ ὧν μεγιστὴ πάντων ἀγαθῶν, y también después seguirá siendo siempre, como reza una inscripción de Fayum del 60 o 61 d. C., σωτὴρ καὶ εὐεργέτης τῆς οἰκουμένης<sup>28</sup>. Todo casa. La historia resulta perfectamente verosímil si echamos un vistazo al panorama político y cultural del momento. Séneca, *factotum* en la corte de Nerón, domina también los más importantes círculos político-literarios del momento: el de los *Annaei*, naturalmente, al que pertenecían figuras de primera fila como su sobrino Lucano, Columela o el

<sup>28</sup> E. M. Smallwood, *Documents*, n.º 47 y n.º 419 respectivamente; apelativos iguales o similares se encuentran también en otros textos recogidos en el mismo volumen, por ejemplo el n.º 418; en varias

monedas alejandrinas, según O. Montevécchi, «L'ascesa al trono di Nerone», p. 209, aparece como νέος ἀγαθὸς δαίμων.

propio Burro; el de Cornuto, que –si es que existió– era frecuentado por personajes como Cesio Baso, Remio Palemón o, al parecer, Persio; e incluso el importantísimo círculo de los Calpurnios, al que quién sabe si no pertenecería nuestro Calpurnio Sículo<sup>29</sup>. El ambiente literario romano era, en buena medida, un coto –quizá especialmente en la época de Nerón pero, desde luego, no sólo entonces– y nada más fácil en un momento como éste que ejercer desde la casa del emperador una dirección eficaz sobre los poetas del momento: no digamos si se trata –como quizá sea el caso– de literatura cortesana pura y simple<sup>30</sup>.

¿Y si Calpurnio mismo hubiera revelado abiertamente esta dirección senequiana que propongo? Independientemente de los argumentos aducidos hasta ahora y de los que pueden leerse más abajo, resulta tentadora la hipótesis de Hubaux –del todo olvidada, por lo que sé, en los estudios actuales sobre estas églogas– según la cual debería verse a Séneca bajo la máscara de Yolas<sup>31</sup>. Los versos clave son éstos (IV 58-63):

*Quod si tu faueas trepido mihi, forsitan illos  
expertar calamos, bere quos mihi doctus Iollas  
donauit dixitque: «Truces haec fistula tauros  
conciat nostroque sonat dulcissima Fauno.  
Tityrus hanc habuit, cecinit qui primus in istis  
montibus Hyblaea modulabile carmen auena».*

Es, pues, Yolas quien le ha empujado, por un lado, a componer poesía bucólica –puesto que le regala la flauta– y, por otro, a imitar a Virgilio –que es, sin lugar a dudas, quien se esconde tras

<sup>29</sup> Debe tomarse con cierta cautela lo que E. Cizek, *L'époque de Néron et ses controverses idéologiques*, Leiden 1972 –probablemente quien con más detalle ha estudiado la cuestión– afirma sobre los círculos político-literarios de la época de Nerón, ya que presenta como seguros datos que las fuentes no permiten considerar tales. El libro de Cizek –fundamental a pesar de todo– puede completarse o, en algunos casos, contrapesarse con F. Cupaiuolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'Impero*, Nápoles 1978 [= 1.ª ed., 1973], especialmente pp. 179-194, y J. P. Sullivan, *Literature and politics in the age of Nero*, Ithaca y Londres 1985; panoramas –algunos de ellos ya clásicos– de la literatura latina en época de Nerón se encuentran en P. Faider, «La vie littéraire à Rome sous le règne de Néron: le rêve de Sénèque», *Les études classiques* 3, 1934, pp. 3-16, en E. Cizek, «À propos de la littérature classique au temps de Néron», *StudClas* 10, 1968, pp. 147-157, en L. Alfonsi, «Caratteristiche della letteratura giulio-claudia», *ANRW* II, 32.1, 1984, pp. 3-39 o en F. M. Ahl, «The rider and the horse: politics and power in Roman poetry from Horace to Statius», *ANRW* II, 32.1, 1984, pp. 40-124. Sobre la voluntad directora del capítulo cuarto de la *Apocolocyntosis* –y de Séneca en general– es indispensable el clásico artículo de C. Morelli, «Nerone poeta», ya citado; para la vocación política de la bucólica romana baste citar –aunque la bibliografía sobre este punto es respetable– a H. Bardou, «Bucolique et politique», *RhM* 115, 1972, pp. 1-13 y, por su atención al caso de Calpurnio Sículo y a su uso de la poesía virgiliana bucólica y no, D. Joly, «La bucolique au service de

l'Empire: Calpurnius interprete de Virgile», en *L'idéologie de l'impérialisme romain*, París 1974, pp. 42-65.

<sup>30</sup> Para la relación entre literatura y política e ideología neronianas parto de E. Cizek, *L'époque de Néron* ya citado, a pesar de sus exageraciones en la valoración de las noticias –con frecuencia escasas y poco claras– que nos proporcionan las fuentes; se encontrarán observaciones atinadas sobre las relaciones que los escritores de esta época mantenían entre sí en R. Mayer, «Neronian classicism» ya citado, sobre todo pp. 315 s.; particularmente interesante para lo que aquí nos ocupa resulta el análisis que del patronazgo literario y artístico de Nerón hace M. Morford, «Nero's patronage and participation in literature and the arts», *ANRW* II, 32.3, 1985, pp. 2003-2031, que entiende las relaciones de Nerón –léase su corte– con el mundo de las letras como un intento más de emular la política de Augusto en su primera época: es, pues, un argumento añadido para defender la intervención del emperador en la poesía de la época –vía Séneca y vía *Apocolocyntosis*, como se ha visto– siempre con la mirada puesta en asimilarse símbolos y maneras típicamente augústeos; un panorama muy general atento al componente panegírico lo dan B. Effe y G. Binder, *Die antike Bukolik*, Munich y Zurich 1989, pp. 112-143.

<sup>31</sup> J. Hubaux, «Sénèque et Calpurnius Siculus», en *Mélanges Paul Thomas*, Brujas 1930, pp. 451-473, especialmente pp. 472 s., luego sumariamente recogido –sc. el punto referente a Yolas– en Id., *Les thèmes bucoliques dans la poésie latine*, Bruselas 1930, p. 213.

el nombre de Títyro-. Nada más acorde con todo cuanto vengo sosteniendo. Tan importante como este pasaje es lo que sigue y lo que precede: le siguen los versos, citados ya, en los que Melibeo señala a Coridón -Calpurnio Sículo- la dificultad de imitar a Virgilio: «Magna petis, Corydon, si Tityrus esse laboras...» (IV 64); de lo que le precede interesa, en realidad, todo: si la primera égloga de la colección es la más explícita por lo que hace al objeto de su canto (la *aetas aurea*, la persona divina de Nerón, etc.), la cuarta lo es en relación a la actividad del propio Calpurnio. Es, en efecto, ésta la que casi comienza con «Carmina iam dudum, non quae nemorale resultent, | uolumus, o Meliboee...» (IV 5 s.) -versos citados ya más arriba- y es en ésta, en definitiva, donde los pastores discuten sobre la conveniencia de cantar temas tan altos en un género bajo como el bucólico («...sed magnae numina Romae | non ita cantari debent ut ouile Menalcae», etc.: IV 10 s.). La égloga es, en ese sentido, diáfana: tanto que son legión quienes, ante lo explícito de esta égloga cuarta, el carácter panegírico de toda la colección calpurniana y la preeminencia de Séneca en la corte de Nerón, también han buscado a Séneca entre las supuestas máscaras de esta pieza y han creído encontrarlo tras el nombre de Melibeo. Así lo han sostenido Sarpe, Keene, Morelli, Duff, Bardou, Luiselli, Friedrich, etc. En cambio otros -quizá los menos- han visto en Melibeo a otros personajes de la época: a Columela (Chytil), a Mesala Corvino (Hubaux) y, sobre todo, a Calpurnio Pisón (Haupt, Schenkl, de la Ville de Mirmont, Herrmann, Cizek, Verdière, Amat y, con algunas reservas, Skutsch *senior* y Ferrara)<sup>32</sup>. No quiero revisar aquí los pros y los contras de cada una de las hipótesis que se han sostenido hasta ahora, sino más bien aportar una reflexión no tanto en favor de ninguna de ellas cuanto en contra de la que quiere ver a Séneca tras Melibeo. Mi principal argumento contra esta última hipótesis -no lo leo en los estudios de los eruditos mencionados- es éste: si Melibeo es Séneca, ¿quién es Yolas? A decir verdad, las intervenciones de Melibeo contienen muchos indicios que parecen apuntar a Séneca: si no hay unanimidad en reconocerlo es por razones bastante más sutiles que las que hay para lo contrario pero que se imponen con fuerza al lector en la simple lectura de los versos. Aparte los argumentos puntuales que hacen poco plausible la hipótesis en favor de Séneca, el trato que Coridón dispensa a Melibeo implica una proximidad de trato que resulta bastante natural si la relación que une a ambos es -como parece verosímil que sea- la que hay entre un cliente de este género y su patrón, pero cuadra pésimamente en cambio con la que suponemos que pudo haber entre Calpurnio Sículo y el entonces todopoderoso y lejano Séneca -puesto que no hay ningún indicio de que aquél hubiera sido pupilo directo de éste-. Por lo demás, la hipótesis que quiere ver a Calpurnio Pisón tras Melibeo ha cobrado bríos desde Haupt y nada tiene que envidiar a la contraria: así, todavía no hace mucho que Verdière, rehabilitando la lección *discere* de IV 53 (ya Amat la adopta en el texto de su edición de 1991), argumentó finamente por la candidatura de Calpurnio Pisón. No hay, por tanto, ninguna necesidad de admitir la hipótesis senequista -más bien lo contrario- y esto hace más verosímil la de Hubaux: que Yolas encubriera, pues, a Séneca<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> Un excelente estado de la cuestión se encuentra en R. Verdière, «Qui est le Mélibée des Bucoliques de Calpurnius?», *RPh* 51, 1977, pp. 15-21, donde se citan puntualmente los trabajos de todos los eruditos mencionados. Añádese a su lista al menos T. P. Wiseman, «Calpurnius Siculus and the Claudian civil war» ya citado, p. 66, que apoya la candidatura de Calpurnio Pisón con una interpretación más que verosímil de la mención de Numa en I 65, y J. Amat en la «Introduction» de su *Calpurnius Siculus, Bucoliques. Pseudo-Calpurnius, Égloges de Pison*, ed. J. Amat, París 1991, pp. xiv y xxvi s., que -parece- también quiere

ver a Calpurnio Pisón tras Melibeo. B. Schröder, «Carmina non quae nemorale resultent», pp. 30-34, no cree que Calpurnio haya querido ocultar a ningún personaje histórico tras esta máscara. Naturalmente, también los defensores de la datación post-neroniana de Calpurnio han discutido sobre la verdadera personalidad de Melibeo: aquí no interesan -parece obvias sus conclusiones; si acaso, cómo las refuta, abundando en su teoría pro-pisoniana, R. Verdière, «Calpurnius, en fin d'analyse...», ya citado.

<sup>33</sup> Si recurrimos a Servio y a las demás colecciones de escolios veremos que el -o los- Yolas de Virgi-

Virgilio aporta poca luz a todo esto. El regalo de una flauta pastoril —motivo de connotaciones siempre obvias— lo encontramos en sus *Bucólicas* dos veces. En la segunda égloga («Formosum pastor Corydon ardebat Alexin...») se trata de un pasaje aparentemente marginal o banal: el enamorado Coridón, con el ánimo de ablandar al altivo Alexis, pasa revista a sus bienes materiales, y uno de ellos es precisamente una flauta que le regaló Dametas (II 36-38):

*Est mihi disparibus septem compacta cicutis  
fistula, Damoetas dono mihi quam dedit olim,  
et dixit moriens: «te nunc habet ista secundum».*

Algunos escoliastas antiguos quisieron ver a Teócrito tras la máscara de Dametas<sup>34</sup>. La exégesis es obvia —muy probablemente errada— e inútil para nuestro caso: el Teócrito de Virgilio es para Calpurnio el propio Virgilio, que en el pasaje que tratamos de iluminar viene presentado como Títilo. El caso de la sexta égloga es, en cambio, bien diferente: en ella el componente autobiográfico, por un lado, se impone al lector sin necesidad de exégesis de ninguna clase y, por otro, en el comienzo y en el final de la égloga Virgilio nos habla abiertamente de su propia poesía bucólica. O sea: exactamente igual que en la cuarta égloga de Calpurnio Sículo. Los primeros versos vienen a decir que fue Apolo quien le ordenó aplicarse a la poesía bucólica (VI 3-5):

*Cum canerem reges et proelia, Cynthius aurem  
uellit et admonuit: «Pastorem, Tityre, pingues  
pascere oportet oues, deductum dicere carmen».*

Es una orden que Virgilio, naturalmente, acata gustoso: «nunc ego... agrestem... meditabor... musam» (VI 6-8). Varias historias se suceden en el canto de Sileno hasta llegar a la del propio Galo (VI 64-73):

*Tum canit...  
ut Linus haec illi [sc. Gallo] diuino carmine pastor  
floribus atque apio crinis ornatus amaro*

lio (*Ecl.*, II 57 y III 76-79) se nos presenta como el dueño de Alexis, como un pastor rico o simplemente como una forma de llamar a cualquier pastor excelente («aut certe Iollam eum quasi pastorem optimum appellauit a quodam pastore nobilissimo, sicut uirum fortem plerumque Achillem, adulterum Parin uocamus»: *Serv.*, *Verg.*, *Ecl.*, III 79); otras veces es nada menos que Polión o Cornificio en la égloga segunda (*Philarg.*, *Verg.*, *Ecl.*, II 57 rec. II) y un dios de los mantuanos en la tercera (*Philarg.*, *ib.*, III 76 rec. I y II); en los *Scholium Bernensia*, a su vez, Yolas es «dominus eius [sc. de Alexis], idest Pollio, tamen per Augustum», o también «deus Mantuanorum», o si no «[Iollas] nunc Pollionem nunc Cornificium significat idest II poetas», o quizá incluso «alius pastor, amator puorum, uel Pollio qui et ipse poeta erat» (*Schol. Verg. Bern.*, *Ecl.*, II 57). A uno, como a Herrmann, le hubiera gustado encontrar algo así: «Iollas idest Maecenas». En efecto, L. Herrmann, *Les masques et les visages dans les Bucoliques de Virgile*, Bruselas 1930, pp. 52-57, 53, piensa que «de vrai nom d'Iollas [sc. el Yolas de Virgilio] ne serait autre que Mécène», cosa que nadie, que yo sepa, sostiene hoy. Creo que no merece la pena tratar de refutar o sostener los sofisticados y pro-

lijos argumentos de Herrmann: quizá estén viciados —como todo el libro— *ab origine*, y parece que, en la época en la que Virgilio escribió las *Bucólicas*, aún no tenía trato con Mecenas. En realidad, el mejor argumento para defender que el Yolas virgiliano —o, al menos, uno de los dos— sea Mecenas es precisamente el hecho —supuesto— de que el Yolas calpurniano sea Séneca. Pero la identificación del Yolas de Virgilio es probablemente una cuestión de respuesta ya imposible: podemos, pues, imaginar que Calpurnio, en los apuntes virgilianos de algún gramático, pudiera leer todavía «Iollas idest Maecenas», pero nada más.

<sup>34</sup> *Philarg.*, *Verg.*, *Ecl.*, II 37 rec. II: «DAMOETAS idest Theocritus dicitur»; *Schol. Verg. Bern.*, *Ecl.*, II 37: «Damoetas, nomen pastoris periti canere. Damoetas, Allegorice Theocritum uult Virgilius intellegi qui sibi facultatem canendi Bucolica tradidit, quia post Theocritum proximus Virgilius scripsit Bucolica cuique aemuli inuidenti». La proximidad, en esta égloga segunda, de un pastor llamado Yolas nos pone en guardia: más aún cuando vemos que los escoliastas quieren que por este Yolas entendamos Asinio Polión, tal y como se ha señalado en la nota 33.



*dixerit: -hos tibi dant calamos, en accipe, Musae,  
Ascraeo quos ante seni, quibus ille solebat  
cantando rigidas deducere montibus ornos.  
His tibi Grynei nemoris dicatur origo,  
ne quis sit lucus, quo se plus tactet Apollo».*

El motivo es idéntico al del episodio de la égloga de Calpurnio: el Hesíodo de Virgilio es el Virgilio de Calpurnio, y se diría también que Lino es Yolas, que las Musas virgilianas quedan sin equivalente calpurniano y que Galo no cuenta o que hay que equipararlo —en la lectura de Calpurnio— al propio Virgilio. Los elementos que rodean este meollo son —una vez puestos en canción— sospechosos: de un lado Lino es —en la versión del mito más cercana, según parece, a Virgilio— un hijo de Apolo, pero de otro lado y sobre todo, está esa referencia a Apolo como quien debe quedar especialmente satisfecho de este canto a pesar —precisamente— de su carácter humilde<sup>35</sup>. Los detalles son, en efecto, tentadores, pero demasiado leves como para pensar en que la alegoría que pueda ocultarse en los versos de Calpurnio se sostenga en la que quizá haya en éstos de Virgilio. Quizá infravaloramos a Calpurnio: que haya tomado de Virgilio el episodio del regalo de la flauta y lo haya usado para fines similares —e igualmente oscuros para nosotros— no implica que cada elemento de la adaptación calpurniana tenga que corresponderse con otro del modelo virgiliano; es lícito imaginar que Calpurnio sólo haya querido guardar o aprovechar algunas connotaciones: la presencia de Apolo como destinatario último, la proximidad de Lino a Apolo (quién sabe si pensando en Lino = Yolas = Séneca) o, en fin, los rasgos de respetabilidad que presenta siempre Yolas en las dos églogas virgilianas en las que aparece. También se me antoja extraordinariamente acorde con el tono de las tres églogas políticas de Calpurnio la continuación de los versos aducidos más arriba (Verg., *Ecl.*, VI 9):

*Non iniussa cano...*

que, bajo otra forma pero en un contexto quizá no muy diferente, aparece en Virgilio (*Ecl.*, VIII 11 s.):

*Accipe iussis  
carmina coepta tuis...*<sup>36</sup>

Quién sabe si la exégesis virgiliana de la época no daba —a Calpurnio y a sus lectores— las pistas necesarias para comprender, a través quizá de ese «doctus Iollas» de IV 59, la concepción misma de toda la colección. Nosotros, en cambio, tendremos que conformarnos con apuntar la verosimilitud de que el Yolas de Calpurnio encubra —como quería Hubaux— a Séneca. Creo que mi propuesta sobre la dirección senecquiana en el nacimiento y desarrollo de la bucólica de época de Nerón aporta un punto de apoyo más a esta intuición de Hubaux.

Volviendo a la cuestión del ambiente áulico en el que hay que suponer que vive esta poesía, parece necesario rebajar siquiera un poco el valor de la cronología relativa de todos estos textos. Tanto da que la *Apocolocyntosis* sea unos pocos meses anterior o posterior a la primera égloga

<sup>35</sup> Serv., Verg., *Ecl.*, VI 67: «VT LINVS Apollinis filius» (y lo mismo Filargiro); sin embargo los escolios de Berna dan también otra versión (*ib.*): «VI Linus, hoc est Hesiodus quasi Linus fictus est. VI Linus, Linus citharista, Apollinis et Psamathes filius».

<sup>36</sup> No sólo es el tono lo que se asemeja. En la primera égloga de Calpurnio, tras el vaticinio de Fauno, Ornitó exhorta de este modo a Coridón (I 92 s.): «Carmina, quae nobis deus obtulit ipse canenda, dicamus teretique sonum modulemur aena».

de Calpurnio –hay quienes sostienen lo uno y lo otro– pues resulta difícil saber hasta qué punto no es arbitrario hablar de una fecha de publicación en un caso como el que nos ocupa: sin duda habría una fecha para ciertos allegados a los que interesaba distribuir cuanto antes el texto en cuestión y otra fecha posterior para la generalidad del público. Debe contarse también con que, en estos tiempos y, al menos, desde hacía ya un buen puñado de decenios, la política invadía –de un modo más marcado que hasta entonces– los más escondidos recovecos de la literatura: así que no extrañará que ese compromiso con el régimen que se manifiesta tan abiertamente en Calpurnio y en el anónimo de Einsiedeln no sea espontáneo sino más bien algo minuciosamente orquestado. La elección del género bucólico –aparte, ahora, el caso excepcional de la cuarta égloga de Virgilio– tampoco es casual. El género había salido de manos de Virgilio marcado como particularmente apto para acoger toda clase de alusiones al momento político sin por ello tener que perder necesariamente cierta dignidad: esta marca genérica la encontramos –las excepciones son contadísimas– desde Virgilio hasta los tiempos del Humanismo italiano. La apuesta de Séneca era, pues, una apuesta atinada.

5. Los dos motivos centrales que la bucólica neroniana adopta de la cuarta égloga de Virgilio son, pues, el del advenimiento de la Edad de Oro de la mano del emperador, y el de la identificación de éste con Apolo. Podría aducirse –en contra de la hipótesis que vengo formulando– que ambos temas fueran ya tópicos para cualquiera de los *principes* habidos hasta entonces y, por tanto, que fuera innecesario suponer una dependencia tan estrecha entre la *Apocolocyntosis*, la poesía bucólica de la época, y la cuarta égloga. Habría que contar, en tal caso, con la posibilidad de que cada uno de los autores hubiera optado, más o menos independientemente de los demás, por los mismos temas, ya que éstos estarían, por así decir, asimilados en la tradición del género<sup>37</sup>. Nada de eso. Antes al contrario, una historia de cualquiera de los dos tópicos en la lite-

<sup>37</sup> Es lo que opina, para el caso concreto de Séneca y Calpurnio –y Virgilio–, O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis*, pp. 36-48, a quien recientemente se ha sumado V. Langholf, «Vergil-Allegorese», también citado más arriba. Para Weinreich, estas invocaciones de una *aetas aurea*, así como las alusiones –más o menos explícitas según los casos– a la identidad entre el emperador y Apolo, vendrían a ser parte de una *Formensprache* del culto imperial, de modo que ni siquiera debemos suponer que haya dependencia alguna de Calpurnio Sículo con respecto a Séneca: «Beruhen diese Übereinstimmungen [las muchas que él mismo ha señalado entre las églogas de Calpurnio y la *Apocolocyntosis*] wirklich darauf, dass Calpurnius den Seneca nachahmt? Ich glaube das nicht» (*ib.*, 43), lo que resulta imposible de creer para quien lea los dos textos uno tras otro. Tampoco en el caso de Virgilio –que, justamente, pone en conexión con la presencia de estos temas en Séneca y Calpurnio– es necesario suponer ninguna originalidad o intencionalidad especial: «Norden hat gezeigt, wie Virgil in jener Partie dem rhetorischen Schema eines Herrscher-Enkomions folgt, und ihm die aus dem Typenschatz der sibyllinischen Weissagen entnommene Prophezeiung von der Wiederkehr eines goldenen Zeitalters und der Herrschaft eines begnadeten Weltkönigs einverleibt hat. Was Seneca von einem solchen ἐγκώμιον βασιλέως überhaupt nur verwenden konnte einem noch nicht bewährten Herrscher gegenüber, hat er tatsächlich ver-

wendet» (*ib.*, 39). Es obvio que Virgilio no inventa –tampoco Hesíodo– el tópico de la Edad de Oro ni la equiparación de un monarca con un dios: siempre hay una tradición que respalde la novedad más audaz. Nadie discute que el origen inmediato de todo esto esté en los rituales y los símbolos de las monarquías helenísticas. De lo que se trata es de que Virgilio adopta y adapta todos esos elementos –sea de los oráculos sibílicos, sea de cualquier otro tipo de textos– a la literatura romana: el culto imperial al que se refiere Weinreich con tanto énfasis no precede necesariamente, en todos sus aspectos, a la literatura panegírica, sino que, en determinados casos, puede ser exactamente al revés. En cualquier caso, aun suponiendo –y no creo que haya razones objetivas para ello– que todos estos elementos estaban ya presentes en unas u otras manifestaciones de la ideología imperial, hay que contar con que la literatura –la literatura romana tal y como la entendemos normalmente– es un registro y un ámbito cultural perfectamente diferenciado de los ritos religiosos y políticos: habrá, pues, que valorar el hecho de que un tema tópico en uno de los dos ámbitos pase a serlo también en el otro o, simplemente, pase al otro. Sin embargo, no hay indicios para tener que pensar nada de esto: la documentación extraliteraria que poseemos (y que no es poca: véase, por ejemplo, la colección ya citada de Smallwood) no nos muestra edades de oro ni Apolos en contextos y épocas distintas de las que nos enseña la historia literaria.

ratura latina apoya, y por cierto que bien firmemente, la hipótesis expuesta. Si dejamos a un lado la cuarta égloga virgiliana —que constituye propiamente la primera aparición del tópico en la literatura latina— el primer caso con el que topamos es aquel famoso pasaje del libro sexto de la *Eneida* en el que Anquises muestra a Eneas a la prole dardania: Silvio, Procas, Capis, Numitor, Silvio Eneas, Rómulo y, para terminar, el propio Augusto (*Aen.*, VI 791-794):

*hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis,  
Augustus Caesar, diui genus, aurea condet  
saecula qui rursus Latio regnata per arua  
Saturno quondam...*

Suetonio (*Tib.*, 59) nos regala un testimonio precioso que nos muestra que, efectivamente, la propaganda augústea del *saeculum aureum* fue intensa y caló lo suficiente como para que se escribieran versos como éstos compuestos contra Tiberio:

*Aurea mutasti Saturni saecula, Caesar:  
incolumi nam te ferrea semper erunt.*

En el *Ars amatoria* de Ovidio, cuyos dos primeros libros suelen datarse entre el año 1 a. C. y el 1 d. C., se lee una alusión irónica a los siglos áureos de Augusto. Recreando el tópico del poder del dinero en el amor («dummodo sit diues, barbarus ipse placet»: *Ars*, II 276), Ovidio inserta una referencia sobre la aplicación de tal tópico en su propia época, haciendo que «aureus» se entienda aquí en un sentido bastante más prosaico que el que normalmente tiene en la *unctura* «aurea saecula» (*Ars*, II 277-278):

*aurea sunt uere nunc saecula: plurimus auro  
uenit bonos, auro conciliatur amor.*

Si exceptuamos un pasaje del *De legatione ad Catium* de Filón de Alejandría, que se explica a la perfección como pervivencia más o menos automática del uso del tópico durante los tiempos de Augusto —me he referido a él más arriba—, sólo en época de Nerón volvemos a encontrar una propaganda oficial basada, al menos en buena parte, en la identificación del *princeps* con los *aurea saecula*<sup>38</sup>. Sólo a partir del abuso que sufre el topos en manos de Séneca, Calpurnio y el anónimo de Einsiedeln, queda ya estereotipado como tal topos y comienza a ser visto —siempre de un modo esporádico y banal, a diferencia de lo que sucedía en la época de Augusto y Nerón— en algún que otro panegírico<sup>39</sup>: puede leerse, por ejemplo, en Estacio referida a Domiciano, en la *Historia Augusta* sobre Cómodo, Pescenio Níger y Probo, en Símaco para Graciano, en una inscripción de Constantinopla dedicada a Teodosio y, en fin, en Claudiano sobre Honorio<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> Véanse al respecto las notas 27, 39 y 40.

<sup>39</sup> Encuentro la misma perspectiva en W. Friedrich, *Nachahmung und eigene Gestaltung*, pp. 140 s.: «Gewiss erwartet man in der Folgezeit von jedem Herrscher eine ähnlich glückliche Regierung [...], aber zuerst mit Nero (con la excepción, naturalmente, de Virgilio, a quien Friedrich ha citado unas líneas antes) ist die Vorstellung der *aurea aetas* fest mit dem Herrschaftsbeginn eines neuen Kaisers verbunden. Dabei darf man die zunächst auf Augustus bezüglichen Vorstellungen bei Nero sicher noch nicht als eine gängige und topische Formensprache ansehen; erst allmählich ist hieraus ein ständig wiederkehrender Topos gewor-

den». Exactamente la teoría contraria sostiene, como ya se ha visto —v. sobre todo la nota 37—, O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis*, pp. 36-48.

<sup>40</sup> A partir de la época de Nerón —limitándonos, naturalmente, a la literatura romana y, dentro de ésta, a los casos más significativos para lo que aquí interesa— encontramos el tópico en Estacio, *Silv.*, I 6, 39 ss., donde, tras invocar a la Antigüedad, se la invita a comparar el «tempus aureum» y los «saecula antiqui Iouis» con la época de Domiciano (81-96): «I nunc saecula compara, Vetustas, I antiqui Iouis aureumque tempus: I non sic libera uina tunc fluebant I nec tardum seges occupabat annum». De la pretensión de

6. Que la bucólica neroniana nazca directa y espontáneamente de la cuarta égloga virgiliana resulta, a mi juicio, inverosímil. Puesto que se trata –tanto en el caso de Calpurnio como en el del anónimo de Einsiedeln– de poesía abiertamente cortesana, y dado que los temas centrales de las églogas políticas neronianas aparecen perfilados al detalle en la *Apocolocyntosis*, es absolutamente inevitable propugnar el pasaje de Séneca como germen de esa bucólica que le sigue en el tiempo a una distancia despreciable. Y nada más fácil, como se ha visto más arriba, que probar –en la medida en que tal cosa pueda hacerse– esa dependencia. Si es natural que un género literario se alimente sobre todo de sí mismo, no lo es tanto que dos o tres autores distintos coincidieran *motu proprio* en el deseo de retomarlo, en hacerlo con un objetivo idéntico y, sobre todo, en basarse casi exclusivamente en dos o tres aspectos –siempre los mismos– de una égloga determinada de Virgilio. Todo esto cuando sabemos a ciencia cierta que justamente por aquellos años la propaganda imperial estaba perfectamente dirigida desde la casa del emperador y, precisamente, por el propio Séneca en persona. Dicho de otro modo: desde un punto de vista estrictamente lógico sería, quizá, posible probar que sólo la cuarta égloga está presente en Calpurnio y en las bucólicas einsiedlenses ya que, en cierto sentido, la *Apocolocyntosis* vendría a ser –en los pasajes que aquí nos interesan– una especie de *codex descriptus* con respecto a la égloga cuarta de Virgilio; desde un punto de vista histórico, en cambio, sería una aberración, especialmente cuando la propia *Quellenforschung* –la lógica a la que se apelaba más arriba– está a favor de esa dependencia doble<sup>41</sup>.

Cómodo (176-192) de que su tiempo fuera denominado *saeculum aureum* sabemos por la *Historia Augusta* (*Commodus Antoninus*, XIV 3) y por Dión Casio (LXXII 15, 6), pero tales veleidades no se recogieron en prosa o verso que haya llegado hasta nosotros. En una estatua de Pescenio Níger (193-194) que podía contemplarse, según cuenta la *Historia Augusta* (*Pescennius Niger*, XII 6), en su casa de Roma, estaban inscritos unos versos que comenzaban así: «Terror Aegyptiaci Niger astat militis ingens, | Thebaidos socius, aurea saecula uolvens». Probo (276-282) anunció en alguna ocasión que, en breve, no serían necesarios los soldados porque no habría guerras de ningún género, ni habría falta de anonas, ni habría más impuestos: «aureum profecto saeculum promittebat», al decir de la *Historia Augusta* (*Probus*, XX 5 y XXIII 2). En la *Laudatio in Gratianum Augustum* de Simaco, del 25 de febrero del año 369 d. C., se alude simultáneamente al topos y a la égloga virgiliana: «si mihi nunc altius euagari poetico liceret eloquio, totum de nouo saeculo Maronis excursum uati similis in tuum nomen excriberem; dicerem caelo redisse Iustitiam et ultro uberis fetus iam grauidam spondere naturam [...] et uere, si fas est praesagio futura conicere, iamdiudum aureum saeculum currunt fusa Parcarum» (III 9 Seeck). Hacia finales del siglo IV (*post* 388 d. C.) una inscripción sobre la puerta áurea de Constantinopla nos ha conservado dos hexámetros en los que se presenta a Teodosio (379-395) como «aurea saecula gerens»: «Haec loca Theodosius decorat post fata tyranni, | aurea saecula gerit, qui portam construit auro» (*CIL*, III 735 = *Anth.*, 285 Buecheler). También Claudiano (*In Rufinum*, I 372-387) echa mano del tópico –en su versión más puramente virgiliana– para alabar a Honorio (395-423): «iamque aderit laeto pro-

missus Honorius aeuo... | tum tellus communis erit, tum limite nullo | discernetur ager; nec uomere sulcus adunco | findetur...». Desde fuera del ámbito literario romano –aunque resulta un dato de interés para este– Dión Casio (LXXI 30, 4) califica la época de Marco Aurelio (161-180) como Edad de Oro, y la de Cómodo (176-192) como Edad de Plata (y cuenta también –LXXII 15, 6– que el propio senado decidió que el tiempo de Cómodo se denominara Edad de Oro). Esta lista puede completarse –aunque no son muchos los pasajes que quedan por mencionar– con B. Gatz, *Weltalter, goldene Zeit und sinnverwandte Vorstellungen*, Hildesheim 1967 [*Spudasmata*, 16], pp. 138 s.; también puede verse, siempre sobre la historia del topos, K. Kubusch 'Aurea saecula': *Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motus in der antiken Literatur bis Ovid*, Frankfurt a. M., Berna y Nueva York 1986, que sólo llega hasta Ovidio; algo desangeladamente J. Tumová, «Antike Bearbeitung des Mythos von den vier Zeitaltern», *GLO* 6, 1974, pp. 3-46; o también el artículo «aureus», *Tbll*, II, col. 1490.

<sup>41</sup> Es difícil saber hasta qué punto la opción de Virgilio era, en la época de Nerón, tan obvia como puede parecer ahora: la pervivencia de Virgilio empieza a estar clara, precisamente, a partir de Séneca. Intuimos que durante los años que siguieron a la muerte de Augusto su fama había sufrido no pocos altibajos o, mejor dicho, que no había sido una cuestión completamente pacífica: dejando a un lado la anécdota de que Calígula hubiera deseado que el texto de Virgilio, junto con el de Homero y el de Tito Livio, fueran proscritos de todas las bibliotecas de Roma –que, como se ha dicho en alguna ocasión, dice más a favor del prestigio de Virgilio en la época que de lo contrario–, lo cierto es que el clasicismo

7. Si en la *Apocolocyntosis*, en Calpurnio Sículo y en las bucólicas einsidlenses, partiendo para los más pequeños detalles de los símbolos y las fórmulas de la cuarta égloga virgiliana, Nerón se presenta bajo el aspecto de Apolo y trae consigo una *aetas aurea* idéntica a la del *puer* del Mantuano, y si, para colmo, lo más verosímil es que toda esa bucólica neroniana sea fruto de una orientación propagandística que se realiza justamente desde la reivindicación de la figura de Augusto y, especialmente, de las pretensiones sotéricas de éste, sus consecuencias para nuestro conocimiento de la exégesis virgiliana de época de Nerón y, por tanto, para la propia comprensión de la égloga cuarta, se muestran —a mi entender— con absoluta claridad. Cuando Séneca, Calpurnio Sículo y el anónimo de Einsiedeln recurren a la cuarta égloga de Virgilio para presentar a un Nerón igual a Apolo, para mostrar de qué modo el mundo vive una *aetas aurea* que ha venido con la llegada del emperador y, no en último lugar, para proponer una vez más la identidad entre Nerón y Augusto, parece necesario suponer que, para aquellos hombres de letras de los años 50 y 60, tanto el Apolo de la cuarta égloga como quien traía los *regna Saturnia*, es decir, el *puer*, no podían ser de nadie más que de Augusto<sup>42</sup>. En otro lugar he tratado de probar que, efectivamente, esta lectura de la bucólica neroniana supone un apoyo más a la teoría —antigua pero hoy poco atendida— de que el *puer* debe identificarse con Augusto.<sup>43</sup> Parece difícil que alguien que —en torno al año 40 a. C., tras la divinización del dictador Julio César y en una situación política como la que vivía Roma en aquel momento— se nos presenta como hijo de un hombre extraordinario y como ente más o menos divino él mismo («patriis uirtutibus», IV 17; «at simul heroum laudes et facta parentis | iam legere...», IV 26 s.; «cara deum suboles, magnum Iouis incrementum», IV 49; «ille deum uitam accipiet diuisque uidebit | permixtos heroas et ipse uidebitur illis», IV 15 s.; etc.) pueda ser ningún otro personaje; resulta imposible imaginar que haya podido sobrevivir a la censura —o a la autocensura: piénsese en las famosas *laudes Galli* del final de las *Geórgicas*— una obra de gran éxito en la que se proponga como rector universal («reget... orbem», IV 17; «o mihi tum longae maneat pars ultima uitae, | spiritus et quantum sat erit tua dicere facta», IV 53 s.) a cualquiera que no sea Augusto. Eso por no mencionar otras referencias más sutiles o más trabajosas de probar. Pero no se trata de una hipótesis excéntrica traída por los pelos: si leemos con atención las glosas antiguas que han llegado hasta nosotros encontramos que, en alguna ocasión, la hipótesis se formula abiertamente. Filargirio (Verg., *Ecl.*, IV 1 rec. II y IV 7 rec. II respectivamente) lo apunta así de claro:

augústeo no era la única estética posible en literatura y que, por otro lado, no todos los gramáticos veían con buenos ojos algunas osadías formales que encontraban en los versos virgilianos. Es verosímil que el gusto de los poetas fuera, también entonces, muy por delante del de algunos —sabemos muy bien que no de todos— los gramáticos: «così della poesia virgiliana già in questa prima epoca si sentiva più di quello si definisse», como señala D. Comparetti, *Virgilio nel Medioevo*, Florencia 1981 [= 1. ed. revisada, 1943; 1. ed. 1872], I, p. 28. Para una historia de la crítica y la filología virgiliana en esta primera época debe partirse todavía de *The works of Virgil with a commentary*, by J. Conington and H. Nettleship, Londres 1898 [5. ed. = Hildesheim 1963], I, pp. xxix-c; M. Schanz y C. Hosius, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian*, Munich 1935 [4. ed. = *ib.* 1967], II, pp. 96-98; y H. D. Jocelyn, «Virgilius cacozelus (Donatus Vita Vergilii 44)», *Arca* 3, 1979, pp. 67-142, así como de F. R. D. Goodyear,

«Tiberius and Gaius: their influence and views on literature», *ANRW* II, 32,1, 1984, pp. 603-610, W. Görler; «Obtrectatores», en *Enciclopedia Virgiliana*, Roma 1987, III, s. u., y de S. Timpanaro, *Per la storia della filologia virgiliana antica*, Roma 1986, por no citar más que lo indispensable.

<sup>42</sup> Y resulta aún más claro si observamos cómo Calpurnio y el anónimo de Einsiedeln se valen especialmente de aquellos pasajes virgilianos en los que la filología antigua —y moderna— reconoce abierta y más o menos unánimemente, a diferencia de lo que sucede con la cuarta égloga, una alegoría ya sea de Augusto ya de Julio César. Lo ha visto bien V. Langholf, «Vergil-Allégorie», p. 365: «Allerdings benutzt Calpurnius nicht irgendwelche beliebigen Ausdrücke und Motive Vergils, sondern solche, die in der antiken Kommentarliteratur allegorisch auf Caesar (den 44 v. Chr. ermordeten Diktator) gedeutet wurden».

<sup>43</sup> I. Ruiz Aralluz, «Augusto, Nerón y el *puer* de la cuarta égloga», *Aevum* 69, 1995, en prensa.

PAVLO MAIORA idest carmina. Laudes regibus nunc dico, hucusque de ducibus, uel MAIORA idest quae prophetata sunt et a Sibyllis de Octauiano, nunc narro [...]. NOVA PROGENIES idest Augustum dicit. Aestimauit enim Virgilius, quod de Augusto praedixit Sibylla, cum de Christo omnia prophetauit.

En «ille deum uitam accipiet» (Verg., *Ecl.*, IV 15 rec. I) Filargirio entiende «ILLE idest Caesar», y aquel «patriis uirtutibus» (Verg., *Ecl.*, IV 17 rec. I et II) también lo explica del mismo modo en que se ha visto más arriba:

PATRIIS VIRTUTIBVS idest, quod Iulius Caesar orbem terrarum pacasse uidetur, qui Augustum, sororis suae filium, heredem Imperatoremque reliquit.

Los *Scholía Bernensia* también dejan entrever, en ocasiones, la misma lectura. La introducción a la égloga enumera las diversas teorías y, entre ellas, la nuestra:

Hanc eclogam scriptam esse aiunt in Asinium Pollionem; quidam, in filium eius Saloninum, alii in ipsum Caesarem. [...] In hac ecloga solus poeta loquitur de restauratione noui saeculi, hoc est: Saturni regnum aureum sub Octauiano adulanter restauratur [...]. Hanc eclogam alii dicunt in laudem Pollionis eum fecisse, alii autem in filium eius Salonium [...] alii in laudem Caesaris siue Marcelli, filii Octauiae...

En efecto, tanto en Servio como en los *Scholía Bernensia* y en la συλλογή filargiriana se encuentran —por lo menos— dos corrientes exegéticas que conviven a duras penas y sólo gracias al carácter esencialmente misceláneo, ecléctico y hospitalario del género del comentario: la polionea, que reivindica el protagonismo de la égloga para Asinio Polión, a quien va dedicada, y la augústea, que defiende la identificación de Augusto con Apolo y con el autor de los *saecula aurea*. La augústea, en el estado actual del texto, apenas asoma tímidamente y la polionea, en cambio, es la que se impone casi siempre y la que, a partir de entonces, gozará —ella misma u otras creadas a su imagen y semejanza— del favor casi exclusivo de la filología: hoy todavía son mayoría quienes quieren ver en el *puer* ya sea a Asinio Salonino ya a Asinio Galo o, siguiendo en esa misma dirección, al niño que en el otoño del año 40 a. C. esperaban Octavia —la hermana de Augusto— y Antonio, o al que esperaban Escribonia y el propio Octaviano, o a Marcelo, o a Alejandro Helios —el hijo de Antonio y Cleopatra—, y muy pocos, en cambio, defienden la candidatura del Augusto. Una vez admitida la presencia de esas dos corrientes en la filología virgiliana, y si se tiene en cuenta el peculiar modo de desarrollo de la comentarística antigua, parece razonable que la cuestión se plantee en estos términos: cuál de las dos líneas exegéticas que parecen más antiguas es anterior y cuál posterior. En mi opinión —y en contra de la de Funaioli— a la augústea se le fue superponiendo progresivamente la polionea hasta casi ahogarla: probablemente llegó un momento en que los exegetas ya no pudieron entender más que Octaviano, que en los escasos meses en que Asinio Polión pudo ejercer su consulado tenía veintitrés años, apareciera en la égloga como un *puer*<sup>44</sup>. Esto es lo que puede escarbarse en la filología virgiliana antigua. Lo que

<sup>44</sup> Aunque todavía podamos leer escolios como éste (*Schol. Verg. Bern.*, *Ecl.*, IV 37): «Hinc ubi iam formata aetas, quasi tunc puer esset Augustus uel non natus ita dicit. Virum te fecerit, uel ad puerum Saloninum loquitur, quasi diceret, ubi adoleueris uel ubi uirilem togam sumpseris; uel ad Augustum, quasi puer

esset tunc Octavianus, siue non natus esset, ita uaticinatur». Quizá no esté de más señalar que, en la amalgama de hipótesis y exégesis que se encuentra en los escolios virgilianos, aquellas que identifican al *puer* con Augusto suponen en cierto modo una *lectio difficilior* con respecto a aquellas otras en las que se pro-

parece indiscutible es que Séneca, Calpurnio Sículo y el anónimo —o anónimos— de Einsiedeln leyeron la cuarta égloga siguiendo esa presunta exégesis augústea. Suele admitirse generalmente que la filología virgiliana que poseemos bebió de fuentes antiguas aunque éstas perdieran, en el camino, la pureza que suponemos tuvieron, y es igualmente sabido que durante mucho tiempo la tradición exegetica virgiliana —y no virgiliana— fue, como tantas otras cosas, coto exclusivo de los gramáticos. La *lectura Vergilii* de Séneca —y de Calpurnio y del anónimo de Einsiedeln— mostraría por tanto la forma en que se leía en la época la cuarta égloga, y esa misma exégesis que podemos suponerles a los gramáticos del tiempo de Nerón es la que nos encontramos, empañada y a veces, según creo, embozada de intento, en las glosas de Servio, Filargirio y los escolios de Berna. Y, en fin, parece pacífico que, en un caso como éste, a mayor antigüedad mayor autoridad, máxime cuando la lectura de Séneca es manifiestamente mejor que la que nos encontramos en la filología del siglo IV o V<sup>45</sup>.

\*  
\* \*

En muy pocos momentos de la historia de Roma podemos asomarnos tras los bastidores de la propaganda oficial como en la época de Nerón: esa poesía menor que leemos como apéndice más o menos despreciable de las grandes obras contemporáneas nos proporciona, en ocasiones, las noticias más claras y fidedignas sobre los verdaderos entresijos de la literatura —y de la filología— antigua. Un capítulo de una obra relativamente marginal como la *Apocolocyntosis* permite entrever de qué modo nace y crece, a la sombra de ciertos versos de Virgilio, la poesía más abiertamente laudatoria de los tiempos de Nerón. Lo más interesante del caso es la dirección que vemos a Séneca ejercer sobre estos poetas —menores o quizá no tan menores, quién sabe— y su elección de la cuarta égloga virgiliana como garante —por romana y por augústea— de una simbología muy poco romana que sostiene, a su vez, conceptos aún menos romanos. Calpurnio Sículo, en su cuarta égloga (si es que queremos leerla de este modo: no puede probarse aún que estemos obligados a ello), nos confiesa parte de esta trama: Yolas-Séneca es quien regala la flauta pastoril a Coridón-Calpurnio ante la contemplación y la protección de Melibeo-Pisón. La reconstrucción de la *lectura Vergilii* de la época —lectura en la que, en última instancia, se apoya todo ese renacimiento del género— no es lo de menos: partiendo de que ya para entonces los gramáti-

pone a Salonino, a Asinio Galo o a cualquier personaje nacido en el año del consulado de Asinio Polión, y que, por ende, poseen —al menos en principio— un valor añadido. Por lo que hace a las dos líneas exegeticas mencionadas, pienso que hubo uno o varios gramáticos, cercanos en el tiempo a Virgilio, que propugaron una exégesis proaugústea por así decir, y que esta lectura virgiliana fue oscurecida —cuando no sustituida— por otra políonea o antoniana. Sobre la antigüedad del material recogido en las glosas no parece superfluo recordar, en palabras de G. Funaioli, *Esegesi virgiliana antica. Prolegomeni alla edizione del commento di Giunio Filargirio e di Tito Gallo*, Milán 1930, p. 233, lo siguiente: «Il nucleo sostanziale della silloge [sc. filargiriana], così confusa e inquinata di elementi eterogenei, che porta il loro nome, è antico di sicuro,

proviene in gran parte dal miglior tempo dell'attività esegetica romana; e serba anche, nella forma, parecchio del colorito antico, a malgrado delle malversazioni medievali [...]. E [...] diremo che in tutti i commenti di Virgilio, del pari in Filargirio e in Gallo che nella massa Serviana, nello Scoliaista Veronese e nello Ps. Probo, *agnoscenda est saepe*, per esprimerci con Donato, *sincera vox priscae antiquitatis*. Sobre la relación entre las distintas colecciones de glosas —qué interesa al caso directamente— baste remitir a D. Dain-tree y M. Geymonat, «Scholia non Serviana», en *Enciclopedia Virgiliana*, Roma 1988, IV, s. u.

<sup>45</sup> Sobre todas estas cuestiones trató más sósegadamente en I. Ruiz Arzalluz, «Augusto, Nerón y el puer», ya citado.

cos han esbozado una parte —la mejor— de lo que encontramos en la filología virgiliana de los siglos IV y V, no parece especialmente arriesgado imaginar que la cuarta égloga de Virgilio se leía de un modo bastante similar a como es obvio que deben leerse los *furta* que de ella topamos en esta pequeña literatura neroniana.

*Universidad del País Vasco*  
*Euskal Herriko Unibertsitatea*

ÍNIGO RUIZ ARZALLUZ



# ÍNDICE

I. BARANDIARÁN: <i>El lobo feroz: la vacuidad de un cuento magdaleniense</i> .....	7
C. GONZÁLEZ SAINZ: <i>En torno a los paralelos entre el Arte Mobiliario y el Rupestre</i> .....	39
J. A. MUJICA ALUSTIZA: <i>Técnicas de extracción de soportes de colmillo de jabalí durante el postpaleolítico</i> .....	57
J. M. BLÁZQUEZ - S. MONTERO: <i>Ritual funerario y Status social. Los combates gladiatorios prerromanos en la Península Ibérica</i> .....	71
M. VALENCIA HERNÁNDEZ: <i>Ética y economía en De Officiis 1.150</i> .....	85
E. MELCHOR GIL: <i>Evergetismo annonario y Alimenta en Hispania romana</i> .....	95
J. I. SAN VICENTE: <i>Dos cabezas romanas de mármol en el yacimiento de Arcaya (Alava)</i> .....	105
H. GIMENO - A. U. STYLOW: <i>Juan Pérez Holguín y la epigrafía trujillana</i> .....	117
F. VILAR: <i>Las vocales /o/ y /u/ de la toponimia prerromana hispana</i> .....	179
B. PRÓSPER: <i>Notas de Celtibérico</i> .....	191
C. JORDÁN CÓLERA: <i>Sobre el pronombre indoeuropeo de primera persona</i> .....	199
F. J. MARTÍNEZ GARCÍA: <i>Nueva aproximación a μάλυ (ic 305)</i> .....	211
E. REDONDO MOYANO: <i>El repertorio de las partículas en griego antiguo</i> .....	221
L. GIL: <i>Sueño y muerte</i> .....	227
O. ONATOS: <i>El héroe odiseo en la poesía neohelénica</i> .....	237
J. BARTOLOMÉ GÓMEZ: <i>La leyenda de la violación de Lucrecia y la articulación del relato del reinado de Tarquinio el Soberbio en Tito Livio (Ab Urbs Condita 1.49-60)</i> .....	247
Í. RUIZ ARZALLUZ: <i>La poesía bucólica en época de Nerón: lectura virgiliana, ideología senequiana y propaganda imperial</i> .....	265
VARIA .....	289
R. ÉTIENNE: <i>Défense et Illustration de la liberté romaine</i> .....	291
R. URÍAS MARTÍNEZ: <i>Acerca de los textos de Diod. V.35-38 (= Posidonio F117) y Agatárquides, sobre el Mar Rojo núms. 23-28</i> .....	297
J. L. RAMÍREZ SADABA: <i>Dos Termini augustales del Territorium emeritense: Uno de Valencia del Ventoso y otro de Montemolín</i> .....	301
A. DUPLÁ: <i>Nota Catilinaria</i> .....	307
RESEÑAS .....	309
NOTICARIO .....	327
ÍNDICE .....	329